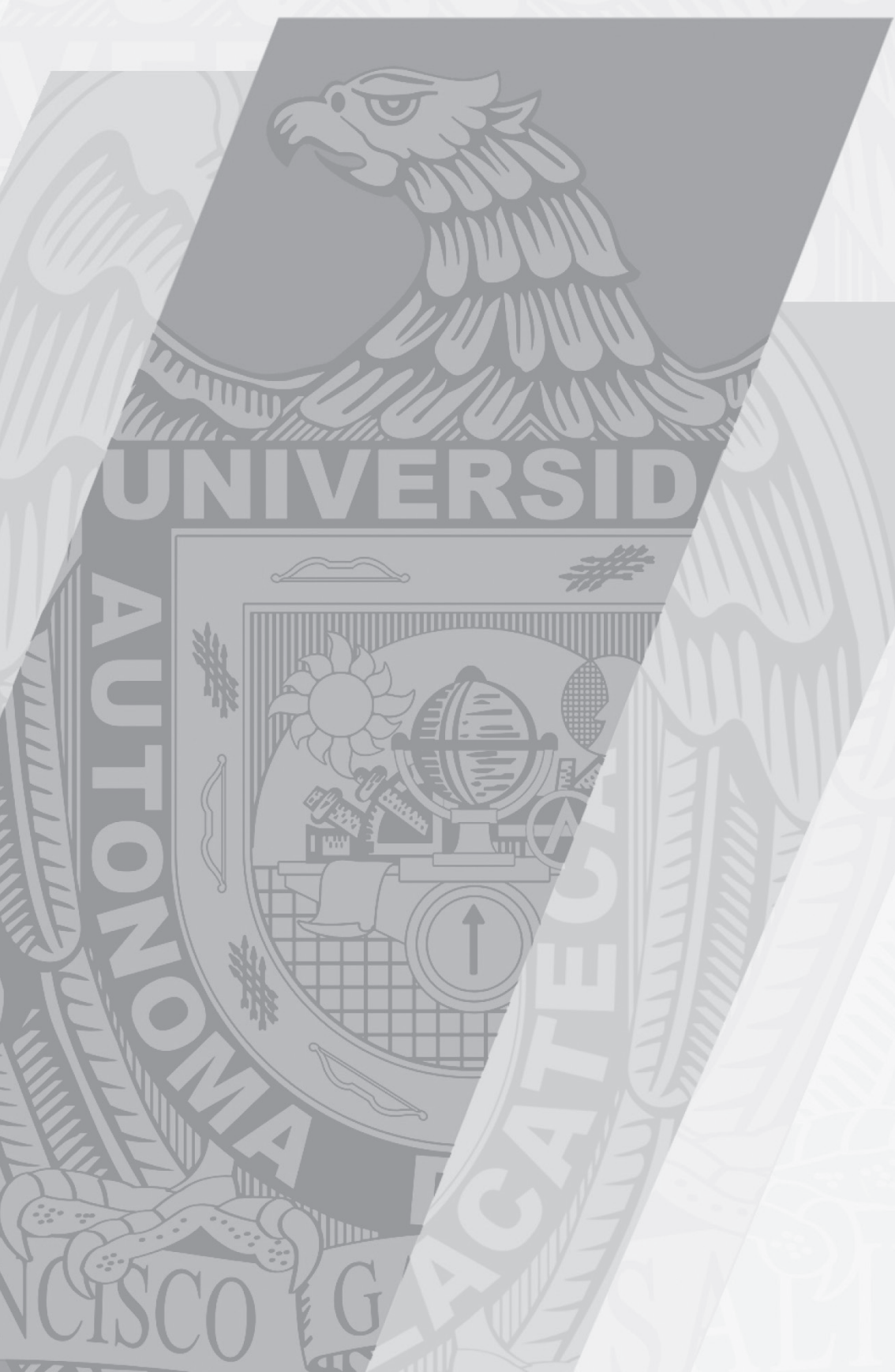


Tópicos iniciales

Apertura del debate en torno
a la Reforma Universitaria





UNIVERSID

AUTONOMA

FACATEC

NCISCO

G

I

La pandemia y la *ignorancia tecnologizada* al asedio de la universidad*

Isaac Enríquez Pérez**

Formada en Europa a lo largo del siglo X como una organización —si bien bajo el control de la iglesia católica— orientada a la sistematización del conocimiento, y consolidada durante los siglos XVIII y XIX como un bastión de la reflexión y el pensamiento crítico y anticlerical, la universidad contemporánea —al menos desde la década de los setenta del siglo XX— está bajo el acecho del burocratismo, la corrupción, los intereses creados, la instauración de un pensamiento hegemónico neoconservador y postmoderno, el negacionismo, y de la ultraespecialización de sus disciplinas y saberes compartimentalizados que le dan la espalda a los sistemas complejos.

A estas amenazas se suman varias crisis; a saber: a) los recortes presupuestales, que se traducen en una *privatización de*

* Ensayo escrito entre el 24 y el 30 de mayo de 2020. Una primera versión dio forma a un capítulo del libro *La gran reclusión y los vericuetos sociohistóricos del coronavirus: miedo, dispositivos de poder, tergiversación semántica y escenarios prospectivos* editado en Buenos Aires por el Centro de Estudios en Estrategia y Políticas Públicas.

** El autor es Sociólogo con un Posgrado en Historia del Pensamiento Económico y un Doctorado en Economía del Desarrollo; Investigador Asociado en el Proyecto Conacyt «Forjando a la universidad pública como agente de Desarrollo y transformación social: el caso Zacatecas», radicado en la Universidad Autónoma de Zacatecas; es también docente en la Universidad Nacional Autónoma de México y miembro del Sistema Nacional de Investigadores (Conacyt). Temas de especialización: estudios sobre el desarrollo, políticas públicas, funciones del Estado en el proceso económico, organismos internacionales, economía política internacional. Su último libro se titula *La gran reclusión y los vericuetos sociohistóricos del coronavirus: miedo, dispositivos de poder, tergiversación semántica y escenarios prospectivos*. Ponemos a disposición de los lectores la siguiente dirección electrónica para sostener un intercambio de ideas sobre el tema: isaacep@unam.mx

facto de la universidad pública y en una reconversión silenciosa del derecho ciudadano a la educación en un servicio orientado a los usuarios o consumidores. b) El *fundamentalismo de mercado* no solo se expresa en la disciplina fiscal y en el «austericidio» de la universidad pública, sino en la sutil irradiación de una *racionalidad tecnocrática* que privilegia el individualismo y la gestión empresarial (la supuesta meritocracia que priva en las evaluaciones y acreditaciones del trabajo académico). c) La mercantilización de la ciencia y de los saberes y su despojo como *bienes públicos globales*, con miras a conformar un paradigma tecnocientífico y transhumanista sujeto a la rentabilidad de las grandes corporaciones. d) La precarización de las relaciones laborales en las universidades, especialmente de aquellos académicos que laboran por horas y bajo contratos temporales. Y e) la *crisis epistemológica*, que se cierne sobre las formas convencionales de construcción y transmisión del conocimiento, y que se origina en la fragmentación y dispersión de los saberes, así como en el *fin de las certidumbres* y en las *cegueras del conocimiento*.

4

No bastando las grises nubes que posiciona la tecnificación del conocimiento y la trivialización de valores como la verdad, en los escenarios abiertos por la crisis epidemiológica contemporánea, resalta la difusión e imposición de la *formación universitaria telemática* como un mecanismo para evitar contagios tras la irradiación del coronavirus SARS-CoV-2. Países europeos como Italia y España anuncian la extensión de la actividad docente en línea para el curso académico 2020-2021. Incluso, universidades estadounidenses y de otras latitudes anuncian el retorno a las aulas presenciales hasta el año 2022, aún sin existir riesgos epidemiológicos.

Cabe hacer una acotación respecto a la noción de universidad o educación a distancia: si bien las tecnologías de la información y la comunicación contribuyen a la masificación del conocimiento y a acercar el proceso de enseñanza/aprendizaje a amplias capas de la población que padecen la exclusión social en los

sistemas educativos tradicionales, la educación a distancia es un complemento a la universidad presencial y no su sustituto. Con la universidad en línea es posible llegar a poblaciones rezagadas que, en su momento, no disfrutaron del derecho a la educación, sea por falta de ingresos, tiempo, motivación o disposición. Mujeres que interrumpieron su formación escolar ante la maternidad prematura; jóvenes que se vieron obligados a incorporarse al campo laboral y que cancelaron o postergaron sus expectativas educativas; personas adultas que abandonaron, desde su juventud, la posibilidad de formarse; y demás aspirantes rechazados en los procesos de admisión de las universidades públicas, e incluso tomadores de decisiones en los sectores público y privado, tienen ante sí la oportunidad de retomar sus estudios con las ventajas que ofrece la educación en línea en cuanto a tiempos y formas de aprendizaje flexibles y adaptables.

Más aún, estas tecnologías contribuyen a la difusión masiva del conocimiento. A través del llamado acceso libre, es posible poner al alcance de la humanidad invaluable acervos científicos, humanísticos y artísticos que ofrecen respuestas en torno a *los grandes problemas mundiales y nacionales*.

Sin embargo, con la pandemia del covid-19 se atiza la obsesión por prefigurar una *ciudad virtual* que no solo apela al distanciamiento físico sino al distanciamiento en las formas de socialización. Entronizando con ello la atomización de la sociedad y el *individualismo hedonista*.

El conocimiento es, por su propia esencia, una construcción social; un proceso colectivo de creación que amerita de la interacción y cercanía con los otros. No es una labor estereotipada de individuos aislados en un laboratorio y al margen del mundo externo u orientada al seguimiento de ciertos protocolos. Existe una estrecha interacción gnosis/praxis, que adquiere el carácter de totalidad articulada en cuanto se construyen diálogos multidireccionales y se conforma la noción de comunidad académica con miras a crear significaciones que configuran el sentido de la



realidad a través de un lenguaje dotado de conceptos y categorías. Ese lenguaje solo es posible crearlo en interacción con «el otro» y en el marco de un proceso de sensibilización y empatía que amerita de la cercanía física y que además, en el caso de las universidades, precisa de la fusión de la docencia y de la investigación en tanto mancuerna indisoluble que le otorga forma al conocimiento y a su transmisión.

La interacción física es fundamental en la relación docente/docente, docente/estudiante y estudiante/estudiante, pues reproduce simbólicas y pautas de convivencia que, con mucho, trascienden lo estrictamente escolar. Los debates colectivos en el aula, en los pasillos, en los espacios comunes de las universidades, son cruciales para la construcción de conocimiento y para la formación de la ciudadanía.

La instauración masiva de la universidad a distancia supone aislar al estudiante en una habitación, acompañado de una pantalla —no pocas veces de teléfono móvil— que, si bien crea acción social desanclada de la presencia física en un espacio determinado, no trasciende a una lógica de comunicación multidireccional y a prácticas colectivas que permitan la deliberación razonada más allá de lo efímero y de las ansiedades y estrés que genera. En ese sentido, la universidad a distancia forma parte del llamado *Screen New Deal* y de la reproducción de relaciones de poder asimétricas, asociadas con el nuevo patrón de acumulación bio/tecno/científico.

La universidad, históricamente, fue la trinchera para luchar —a través de las ideas— contra los dogmatismos teológicos, los totalitarismos, el racismo, la inequidad de género y el carácter excluyente del capitalismo. Sin embargo, ante la bioseguridad, el *higienismo* y el *Estado sanitizante* que le es consustancial, el pensamiento crítico emanado de las universidades prácticamente está adormecido, domesticado y postrado (Enríquez Pérez, 2020b y 2020c); vaciado de contenido ante la andanada del *apocalipsis mediático*, la *desinfodemia* y el asalto al conocimiento



razonado que sobredimensionan los rasgos e impactos de la pandemia. Esto significa que, en medio de un renovado *colapso civilizatorio*, la universidad está ausente de los contrapesos que es necesario anteponer a los dogmatismos contemporáneos, a la *industria mediática de la mentira* y a la construcción de infraestructura para la biovigilancia a través de la alta tecnología (inteligencia artificial, la nube virtual, el Internet 5G y la robotización).

El aprendizaje remoto es una de las tendencias que se aceleró con el advenimiento de la pandemia del covid-19. La infraestructura digital para la conectividad es parte consustancial de ello. Sin embargo, como la tecnología no es neutral, está anclada a la contradictoria y desigual estructura de poder, dominación y riqueza.

El problema de la universidad ante *la gran reclusión* radica en la incapacidad de la primera para organizar, de manera sistemática, la reflexión en torno a los problemas públicos contemporáneos. A contracorriente de su milenaria historia y de su crítica a los poderes fácticos, la universidad contemporánea sucumbe ante sí misma y orienta sus energías, confrontaciones e intereses facciosos a erradicar el pensamiento crítico y la construcción de alternativas y de vanguardias teóricas, artísticas, humanísticas e ideológico/políticas. Subyugada por las tecnocracias universitarias y por los laberintos y látigos del mercado, la universidad rompe con su esencia y funciones históricas, al tiempo que instituta e institucionaliza la *ignorancia tecnologizada* en sus entrañas. Conformando con ello un proceso más amplio de *postración y retirada de la academia*.

Semilleros de teorías críticas y de tradiciones de pensamiento; templo de la duda y el cuestionamiento respecto al *statu quo*; formadora de élites políticas, artísticas e intelectuales; hábitat natural del estudiantado como forma de vida; y escenario de la innovación científica y tecnológica, la universidad es amenazada por la masiva digitalización del proceso de enseñanza/aprendizaje. A su vez que se enfrenta a los riesgos y ansiedades que gesta



y despliega el *ciberleviatán*, el *panóptico digital* y el régimen bio/tecno/totalitario, que apuestan por anteponer las emociones a la razón y por controlar los cuerpos, la mente, la intimidad y la conciencia en el contexto de la *era postfactual*.

Si bien las tecnologías contribuyen a solucionar problemas públicos, cabe enfatizar que tampoco son la panacea, ni todas las soluciones atraviesan por el tamiz tecnológico. Por el contrario, su uso indiscriminado puede abrir otros problemas públicos que ahonda los abismos sociales y exacerbaban las desigualdades. La universidad a distancia no marchará al margen de esas tendencias y de procesos más amplios como la (re)concentración del conocimiento y del poder derivado de su posesión y uso.

En su obra *La metafísica de la juventud*, el filósofo alemán Walter Benjamin (1912/1916) habló de la *unidad de la conciencia* y la voluntad contestaría que se forman en la época estudiantil. Alcanzó a observar que en las universidades berlinesas de principios del siglo XX predomina la desvinculación del aparato profesional respecto a los saberes y que la vida estudiantil es mermada por la miseria espiritual. Hoy en día no estamos al margen de estas acechanzas.

El carácter distante y efímero que genera en sus ambientes la educación a distancia puede exacerbar estas miserias y acentuar la ignorancia de los estudiantes y la petrificación de los docentes. Ello no solo es un riesgo para la formación escolar y el ejercicio profesional, sino para la misma construcción de la cultura ciudadana y la resolución de los problemas públicos. Reivindicar críticamente y al margen de intereses creados la noción de universidad y sus funciones clásicas, no solo implica colocar en su justa dimensión la digitalización —en tanto un complemento— sino erradicar el mantra del mercado como único camino. De lo contrario, la humanidad no contará con los instrumentos mínimos para enfrentar problemas globales como las epidemias —cada vez más recurrentes y desconocidas—, el colapso climático que amenaza con la extinción de las poblaciones humanas,

y los riesgos propios del cambio de ciclo histórico que se avecina (Enríquez Pérez, 2020a).

Referencias

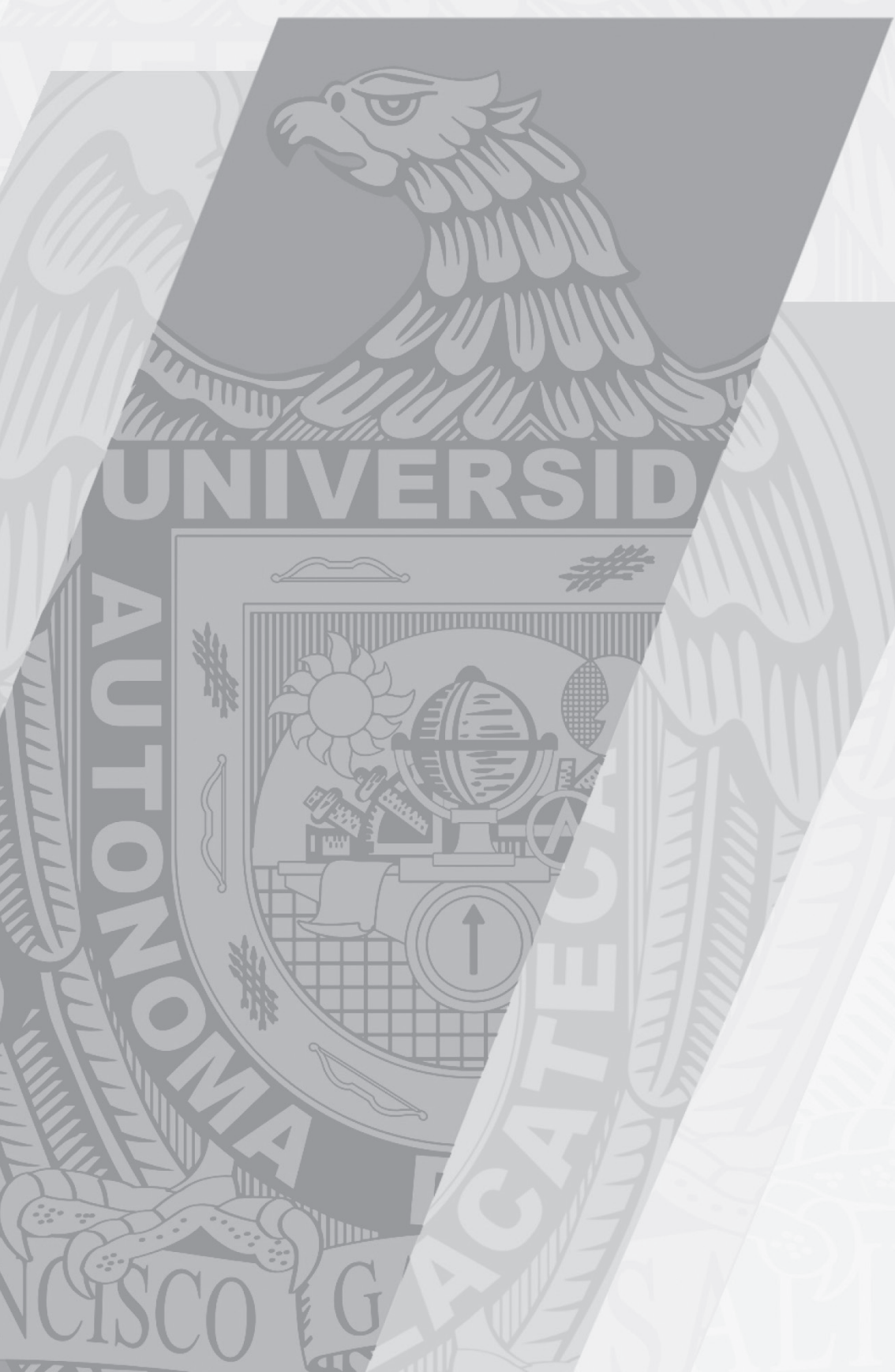
Enríquez Pérez, Isaac (2020a), *La gran reclusión y los vericuetos sociohistóricos del coronavirus: miedo, dispositivos de poder, tergiversación semántica y escenarios prospectivos*, Buenos Aires (Argentina), Centro de Estudios en Estrategia y Políticas Públicas (CEEyPP), Primera Edición, septiembre, 305 pp.

_____ (2020b), «La pandemia y la urgencia de retorno al futuro: la dialéctica desarrollo/subdesarrollo y la parálisis del pensamiento crítico ante la gran reclusión», en: revista *Observatorio del Desarrollo. Investigación, Reflexión y Análisis*, Zacatecas (México), Unidad Académica en Estudios del Desarrollo de la Universidad Autónoma de Zacatecas «Francisco García Salinas», volumen 8, número 25, enero-abril de 2020, pp. 8-21.

_____ (2020c), «El extravío del pensamiento crítico ante el huracán de la pandemia», en: *América Latina en Movimiento de la ALAI (Agencia Latinoamericana de Información)*, Quito (Ecuador), 28 de diciembre. Alojado en: <https://www.alainet.org/es/articulo/210329>

Benjamin, Walter [1912/1916 (1993)], *La metafísica de la juventud*, Barcelona, Ediciones Paidós, 189 pp.





UNIVERSID

AUTONOMA

FACATECH

NCISCO G

II

La entronización del *individualismo hedonista* y el vaciamiento de la universidad*

Isaac Enríquez Pérez**

El triunfo mundial e incuestionable del *fundamentalismo de mercado* tiene como dimensión constituyente la instauración de un pensamiento hegemónico que apela al mito de la libertad individual, a la mercantilización de todas y cada una de las facetas de la vida social, a la ilusoria *racionalidad meritocrática*, a la succión y lapidación de la praxis política, y al desvanecimiento del Estado. Condición *sine qua non* de este proceso fue el vaciamiento de la esencia de la universidad como organización que origina vanguardias y como bastión del pensamiento crítico, la diversidad, el disenso, y la innovación en las formas de edificar y organizar a la sociedad. No se trata de un proceso exclusivo o propio de algún país, sino de una vorágine avasalladora que se extiende mundialmente cuando menos desde la década de los ochenta del siglo xx.

Las universidades no son una torre de marfil abstraídas de la dinámica social y de sus contradicciones y convulsiones.

* Ensayo escrito entre el 21 y el 24 de octubre de 2021. Una primera versión se difundió en distintos medios nacionales e internacionales.

** El autor es Sociólogo con un Posgrado en Historia del Pensamiento Económico y un Doctorado en Economía del Desarrollo; Investigador Asociado en el Proyecto Conacyt «Forjando a la universidad pública como agente de Desarrollo y transformación social: el caso Zacatecas», radicado en la Universidad Autónoma de Zacatecas; es también docente en la Universidad Nacional Autónoma de México y miembro del Sistema Nacional de Investigadores (Conacyt). Temas de especialización: estudios sobre el desarrollo, políticas públicas, funciones del Estado en el proceso económico, organismos internacionales, economía política internacional. Su último libro se titula *La gran reclusión y los vericuetos sociohistóricos del coronavirus: miedo, dispositivos de poder, tergiversación semántica y escenarios prospectivos*. Ponemos a disposición de los lectores la siguiente dirección electrónica para sostener un intercambio de ideas sobre el tema: isaacep@unam.mx



Contribuyen —directa o indirectamente— a la configuración de la sociedad, y a su vez son una expresión de la misma. Son un crisol que condensa diversas cosmovisiones, ideologías, posturas, estilos de vida, pautas de comportamiento, debates teóricos, modos de construir conocimiento y de posicionarse ante la realidad y sus problemáticas. Ello en buena medida explica su riqueza y su proclividad a la diversidad. De tal manera que la universidad es una película en movimiento perpetuo que proyecta el carácter multifacético de una sociedad y sus avatares.

Ello explicaría el incesante asedio infringido —*desde afuera y desde adentro*, y pese a sus propias inercias conservadoras— hacia la universidad como semillero de la vanguardia, del ejercicio del pensamiento crítico, y de la germinación de utopías. *Desde afuera* la universidad es atacada por poderes fácticos, sean empresariales, clericales, gubernamentales e, incluso, criminales, que despliegan el implacable látigo del mercado y el consumismo, la idolatración del lucro y de la austeridad fiscal, y que la asumen como una organización desfasada de los intereses privados y de su insaciable afán rentista. *Desde adentro* la universidad es atacada por las mismas estructuras de poder y el burocratismo larvados a su interior y que también reproducen lógicas y prácticas leoninas que la hacen involucionar y anquilosarse. El desprecio hacia el conocimiento y la diversidad se irradia desde ambos frentes, y amenaza a la universidad hasta conducirla a la inanición y la intrascendencia.

El alo seductor del *fundamentalismo de mercado* en el mundo universitario consistió en la instauración del falaz principio de la eficiencia económica y de la *racionalidad tecnocrática*. Instalada la universidad en el sendero de la meritocracia, académicos y estudiantes extraviaron, en general, la vocación por la vinculación con las comunidades donde residen. Se privilegió, entonces, la relación universidad/empresa privada y estudiante/entidad bancaria, y más que formar profesionistas apasionados por el arte de conocer, la vocación de aprender a aprender, y por



la solución de *los grandes problemas mundiales y nacionales*, se orientó dicha relación a la «capacitación de recursos humanos para responder a las demandas de la sociedad» —entendiéndose por esto último los requerimientos de las empresas respecto a mano de obra cualificada.

La docilidad y el social-conformismo son dos de las actitudes instauradas de manera fervorosa con la irradiación del *individualismo hedonista* (Enríquez Pérez, 2021). Y las universidades no quedaron al margen de ello tras eclipsar los discursos y narrativas que cuestionan el *statu quo* en cualquiera de sus formas. La misma universidad cayó presa del *miedo al futuro* y de la incapacidad para imaginar y proyectar escenarios alternativos de sociedad. A su vez, la universidad se desprendió de los grandes relatos, de las narrativas totalizadoras, de la reflexión filosófica, y del pensamiento clásico. Entonces, sustraída del estudio sistemático y holístico de las megatendencias fue puesta a la deriva al privilegiarse el inmediatismo, el sectarismo y la futilidad. Quizás el asalto a la razón, a la verdad y a la palabra alcanzó su más acabada expresión con la pandemia del covid-19 y los insistentes visos de resignación que las universidades mostraron ante este *hecho social total* (Enríquez Pérez, 2020).

Convulsionada la universidad por el «austericidio», no tuvo más remedio que las asociaciones público-privadas. Si sobrevivió al embate mercantilizador fue más porque cedió a la erosión sistemática del pensamiento crítico y de la erradicación del sentido de comunidad, para ingresar a una fase de reforma obligada y de readecuación de sus planes de estudio para responder a las condiciones y exigencias del mercado. Entonces se suplantó el conocer por el hacer; el proceso de enseñanza/aprendizaje creativo por la transmisión y asimilación mecánica de conocimientos etnocéntricos que no responden a las especificidades de los problemas públicos locales; la reflexión y el análisis por la memorización de técnicas; y la capacidad para formular preguntas de investigación por una acendrada trivialización de la palabra.



Los rezagos e insuficiencias en los niveles escolares previos implosionaron como petardos en el seno de los recintos universitarios; al tiempo que se impuso un falso pragmatismo que desprecia la construcción teórica y la reflexión filosófica. Lo que los estudiantes ensalzan como «lo práctico» no es más que una escaramuza para huir del rigor en la formación de conceptos y categorías a partir de una sólida dotación de supuestos y postulados epistemológicos. A la teoría se le desprecia subrepticamente en las universidades porque se asume como una entidad estratosférica, anquilosada, petrificada y dada de una vez y para siempre. Entonces, si no se cultiva y se construyen nuevos conocimientos, el desfase de esa teoría con el mundo fenoménico se torna abismal. De ahí el *malestar en la teoría y con la teoría*. Pero no porque la praxis de la construcción teórica no sea útil, sino porque no se le dota de nuevos bríos, y porque tampoco se trasciende su inadecuación histórica a partir del despliegue de la *imaginación creadora*. A lo más y en no pocos casos, se apuesta a usar sin creatividad los mismos «marcos teóricos» y a ensayar un empirismo cuantitativista descontextualizado del sustrato epistemológico, histórico y geográfico.

Se pierde entonces el potencial transformador del conocimiento y la construcción colectiva del mismo. Justo el *colapso pandémica* actual exacerbó este último ejercicio al hacer del distanciamiento social un imperativo que tiene como correlato la virtualización de la educación superior.

La universidad es despojada de su función humanista a medida que la mercantilización de la vida social, el consumismo, y la *cultura del descarte* se imponen y son reproducidas en su seno las *desigualdades extremas globales*. Pero esta erosión o reconversión de las funciones sociales de la universidad no es casual ni aislada, sino que se inscribe en el declive de lo público y en el socavamiento y privatización del Estado.

Si el Estado se muestra ausente, ineficaz y postrado ante los problemas públicos que cada vez más tienden a ser globales y a

escapar de su control y jurisdicción, y si el sentido de comunidad se desvanece ante ello, la universidad no está al margen de esas tendencias ni de las inercias propias de las disputas por el poder que las distintas facciones de las élites despliegan para dominar el espacio público. Las élites políticas, intelectuales y empresariales aún se forman en las universidades y desde allí perfilan la construcción y reconfiguración de las estructuras de poder, riqueza y dominación. Sin embargo, ello no supone que las universidades, en tanto semilleros, respondan de manera automática a los intereses de esos poderes fácticos y de los intereses creados de esos grupos dominantes. Pues las universidades, por sí mismas, son sistemas complejos dotados de múltiples dimensiones que se intergeneran para formar y reproducir un todo articulado y multifacético que mantiene en tensión constante el conocimiento, su utilidad, sus usos y las apreciaciones éticas sobre ello.

Al masificarse durante las primeras décadas de la segunda mitad del siglo XX, la universidad no fue más escenario exclusivo de las élites, sino que se abrieron amplios espacios para el acceso de las clases trabajadoras, y conforme éstas penetraron en sus estructuras se amplió la diversidad en las formas de pensar, de construir conocimiento y de afianzar ciertas vocaciones sociales. Pero ello no persistió, pues el *fundamentalismo de mercado* subvirtió a las universidades tras emprenderse contrarreformas que comenzaron a vaciar esa sustancia derivada del pacto social de la segunda postguerra entre el Estado, el capital y la fuerza de trabajo. Varios síntomas se erigieron en muestra de ello: a) el abandono de la educación superior pública por considerarse ineficiente y desapegada de las demandas del mercado; b) el cobro de cuotas o matrículas y el proceso de elitización para el ingreso de los jóvenes, que en su conjunto afianzaron mecanismos de exclusión social; c) la expansión de estructuras cuasi-aristocráticas y antidemocráticas en sus procesos de toma de decisiones; y d) en el caso de las sociedades subdesarrolladas, la proliferación de trabajo precario, no pagado y mal remunerado entre sus plantas académicas.



Si la diversidad es el signo de la universidad, lo que además se presenta es una relación para nada tersa entre las élites universitarias y esa diversidad que apuntala vanguardias, despliega el pensamiento crítico, y pretende estimular la movilidad social. Si el *fundamentalismo de mercado* llegó a las universidades fue porque sus élites y burocracias fungieron como correas de transmisión del mismo, y desde allí lo filtraron de manera silenciosa e imperceptible hacia distintas escalas y en múltiples direcciones, sin mirar por el carácter comunitario del conocimiento.

Para revertir estas tendencias desplegadas desde los años ochenta, las universidades necesitan reivindicar con urgencia el pensamiento crítico no solo como instrumento epistemológico para generar disensos al interior de las ciencias y las humanidades, sino también para que la universidad se cuestione a sí misma constantemente con miras a comprender los alcances y limitaciones de sus estructuras, organizaciones y prácticas cotidianas. Sin esa capacidad de la universidad para (re)pensarse a sí misma corre el riesgo de anquilosarse y de caer víctima de sus propios círculos viciosos. Sin el ejercicio pleno y colectivo del pensamiento crítico, otros procesos más amplios como la reorganización interdisciplinaria de su investigación y del proceso de enseñanza/aprendizaje no lograrían potenciarse y reinventarse si no se parte de criterios metodológicos rigurosos y de la capacidad colectiva para tender puentes comunicacionales entre unos saberes y otros, entre unas disciplinas y otras.

Las sociedades contemporáneas precisan de las universidades, pero éstas, más allá de los furibundos ataques o de las hipócritas defensas de las élites políticas y empresariales, necesitan reformarse no para ser proclives al mercado y a la falaz libertad individual, sino a las lógicas mismas del conocimiento y a las necesidades de las sociedades que sufragan sus presupuestos. Se trata de reformas organizacionales, pero también académicas que subviertan sus estructuras de poder y aquella correlación de fuerzas que no siempre es favorable a la praxis académica.

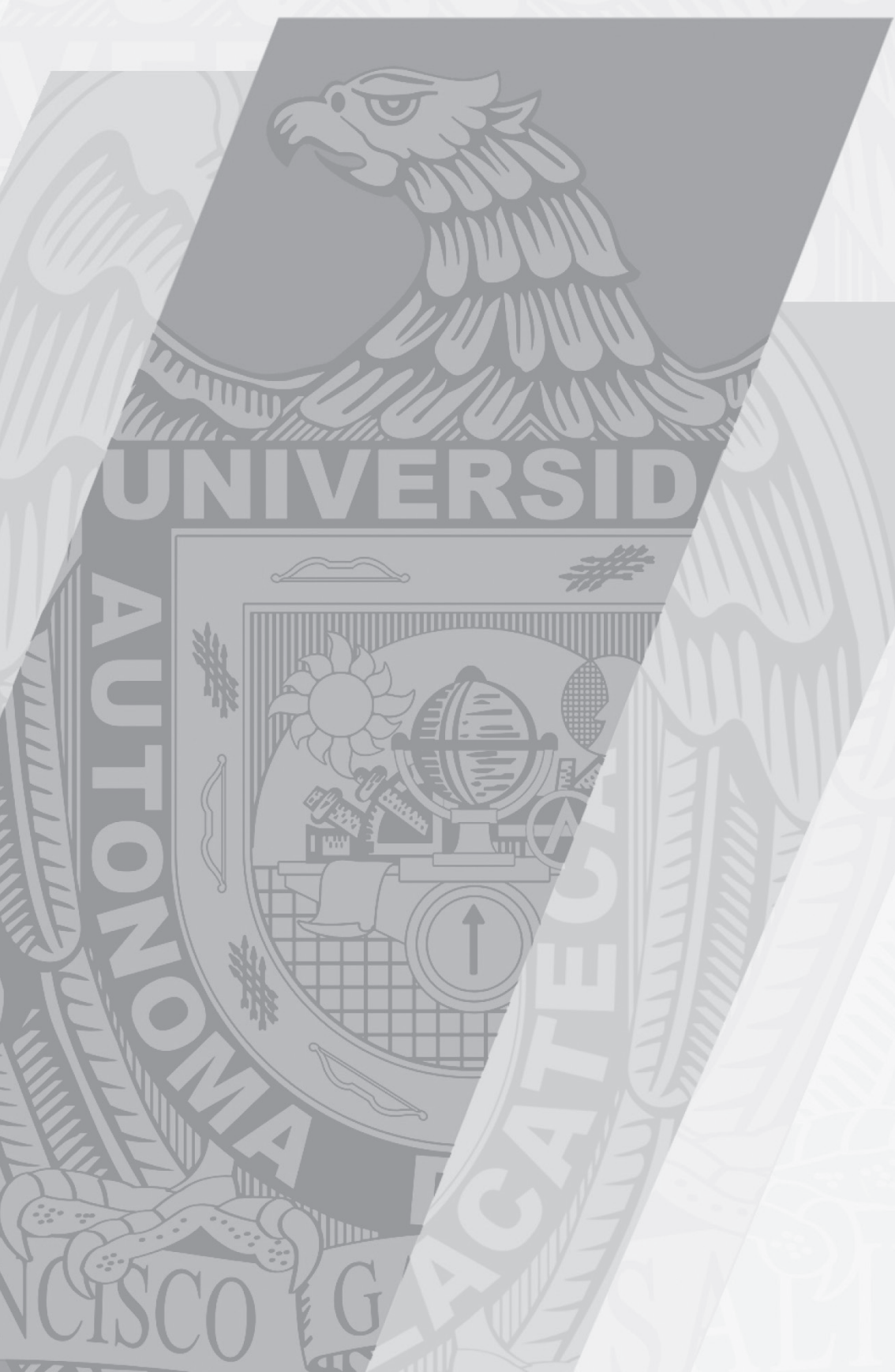
Coda: el presente ensayo trata de trascender las miopías maniqueistas que en los debates públicos y mediáticos se deslizan sin responsabilidad respecto a la universidad; al tiempo que se pretende privilegiar procesos más amplios que derriben el cortoplacismo oportunista y amplíen la mirada al carácter de los problemas estructurales y de largo plazo que recaen sobre las universidades en el mundo. Cabe puntualizar también que las tendencias son globales y una mirada aldeana sobre la universidad solo enmaraña las problemáticas y encarece las posibles soluciones.

Referencias

Enríquez Pérez, Isaac (2020a), *La gran reclusión y los vericuetos sociohistóricos del coronavirus: miedo, dispositivos de poder, tergiversación semántica y escenarios prospectivos*, Buenos Aires (Argentina), Centro de Estudios en Estrategia y Políticas Públicas (CEEyPP), Primera Edición, septiembre, 305 pp.

_____ (2021), «El triunfo incuestionable del individualismo hedonista», en: *América Latina en Movimiento de la ALAI (Agencia Latinoamericana de Información)*, Quito (Ecuador), 11 de marzo. Alojado en: <https://www.alainet.org/es/articulo/211338>





UNIVERSID

AUTONOMA

FACATECH

NCISCO G

III

El extravío de la escuela y la educación como mercancía y no como derecho*

Isaac Enríquez Pérez**

No solo las universidades (Enríquez Pérez, 2021b) se encuentran desfasadas de los *grandes problemas mundiales* y del ejercicio pleno del pensamiento crítico para construir posibles soluciones ante los mismos, sino que la escuela como organización orientada a procesos de socialización y de formación del individuo se encuentra invadida por una esclerosis que se explica, en buena medida, por la entronización del *fundamentalismo de mercado* y la ideología productivista y meritocrática que le es consustancial.

Carcomida por el mantra de la eficiencia económica y por la *racionalidad tecnocrática*, la educación no se piensa más como un derecho sino como un servicio mercantilizado a ser proveído con el fin último de que los «clientes o usuarios» se tornen funcionales a los procesos de acumulación de capital piloteados por la empresa privada y su complejo militar/industrial/digital.

19



* Ensayo escrito entre el 31 de octubre y el 6 de noviembre de 2021. Una primera versión se difundió en distintos medios nacionales e internacionales.

** El autor es Sociólogo con un Posgrado en Historia del Pensamiento Económico y un Doctorado en Economía del Desarrollo; Investigador Asociado en el Proyecto Conacyt «Forjando a la universidad pública como agente de Desarrollo y transformación social: el caso Zacatecas», radicado en la Universidad Autónoma de Zacatecas; es también docente en la Universidad Nacional Autónoma de México y miembro del Sistema Nacional de Investigadores (Conacyt). Temas de especialización: estudios sobre el desarrollo, políticas públicas, funciones del Estado en el proceso económico, organismos internacionales, economía política internacional. Su último libro se titula *La gran reclusión y los vericuetos sociohistóricos del coronavirus: miedo, dispositivos de poder, tergiversación semántica y escenarios prospectivos*. Ponemos a disposición de los lectores la siguiente dirección electrónica para sostener un intercambio de ideas sobre el tema: isaacep@unam.mx

De ahí que más que la liberación de los ciudadanos, la escuela apueste a una supeditación docilidad del individuo y de la sociedad respecto a los designios del mercado y las estructuras de poder.

La instauración de un ideario propio de la empresa y de la cultura de negocios privados se dio a través del lenguaje y de términos como «educación por competencias», «medición de competencias», «formación de recursos humanos», «calidad y excelencia educativa», «capital humano», «capacitación para el trabajo», «competitividad», «innovación educativa», «estímulos a la productividad», «carrera magisterial», entre otros, que redundan en una colonización de los imaginarios y en la imposición de la pericia técnica por encima del saber y el conocimiento orientado a la formación de ciudadanía y a responder las preguntas fundamentales que desafían a la humanidad. Es la manera sutil e imperceptible en que se fraguó la privatización de la escuela y se instalaron —entre directivos, docentes y estudiantes— dispositivos de disciplinamiento de las mentes y las conciencias.

Si el terreno de la construcción de significaciones en la escuela fue colonizado con este lenguaje empresarial, el *colapso de la educación* como proceso de socialización se fusiona con fenómenos como los siguientes: la incapacidad de las escuelas para formar y nutrir identidades y apegos; el distanciamiento de los aprendizajes con relación a los problemas inmediatos del educando; el desvanecimiento del compromiso del Estado respecto al disfrute pleno del derecho a la educación; el clientelismo y las nuevas prácticas corporativas que se acompañan de actos relacionados con la corrupción; la austeridad fiscal y las insuficiencias presupuestarias que castigan los ingresos de los docentes y obligan a los padres de familia a «pagar por segunda vez impuestos» a través de sistemas de cobro de cuotas; la precariedad laboral; y la misma devaluación de la profesión docente y de la pasión por el conocimiento.

Quizás la muestra más imperceptible de esta crisis estructural de la educación se sitúa en el hecho de que hoy día la escuela no se encuentra vinculada al proyecto de nación y a la vocación de cambio social que el ciudadano podía encontrar en los Estados. Vaciada de esa sustancia, la escuela se redujo a un apéndice subordinado de las estructuras de poder, riqueza y dominación. Si en algo avanzó la educación con la hegemonía del *fundamentalismo de mercado* fue en la despolitización y desciudadanización de las sociedades contemporáneas, al extremo de no contener la entronización del *individualismo hedonista* (Enríquez Pérez, 2021a) y del social-conformismo. En suma, la pérdida de fe en el Estado marchó paralela al socavamiento de la fe en la escuela como organización que abona a la transformación de la realidad social.

La mercantilización de la educación como servicio es observable hasta en las mismas escuelas públicas. De ahí la erosión de la educación como un derecho emancipador de las colectividades y el privilegio de una subcultura del consumismo que enfatiza en el cliente y en el ramplón pragmatismo y no en el ciudadano y en la complejidad de los problemas públicos. Entonces la educación es vista como una mercancía intercambiable y no como un bien público. Como consecuencia, la educación con esa orientación se erige en parte de procesos más amplios de acumulación por desposesión y del mismo *colapso civilizatorio* que se experimenta con la crisis de la praxis política.

Si el estudiante se hunde en una angustia y ansiedad permanentes y en un distanciamiento respecto a la escuela, es porque ésta se le torna ajena a sus necesidades y urgencias inmediatas y porque acude a ella más por obligación que por genuino interés y gusto. Invasado por una falaz meritocracia de corte cuantitativista, el estudiante es asfixiado en su creatividad, imaginación y en su curiosidad innata por descubrir y conocer. Ante los aprendizajes que el niño y el joven asimila en la calle, en los *mass media*, en las redes sociodigitales, o en otras organizaciones, la escuela



poco puede hacer al perder influencia en el proceso de enseñanza/aprendizaje y en la formación de cultura ciudadana. De ahí que la escuela se instale en un mundo de ambigüedad y de vaciamiento de sus funciones esenciales y de sus contribuciones a la formación del compromiso cívico. Si a un niño o a un joven les resulta «aburrida» la escuela no es porque aquellos carezcan de interés por aprender, sino porque esta organización no brinda las respuestas puntuales a las vulnerabilidades y exclusiones propias de la niñez y las juventudes y porque dicha entidad se encuentra desapegada de los entornos específicos en que se desenvuelven los educandos. Las mismas estructuras autoritarias, sectarias y coercitivas de la escuela nutren estas tendencias hasta diezmar en el estudiante toda pasión y gusto por el conocimiento. No es casual que multitud de organizaciones educativas funjan más como guarderías infantiles que como dispositivos efectivos de socialización y aprendizaje creativo

Si el pensamiento crítico y la formación cívica fueron suplantados por la transmisión de habilidades y técnicas para el desempeño laboral, entonces la educación fue sustraída de su vocación para imaginar el futuro, comprender la complejidad de los problemas sociales y para construir soluciones reales y de fondo ante ellos. Además, si el humanismo y el pensamiento filosófico están ausentes del proceso de enseñanza/aprendizaje, con ello se vació de sustancia la dimensión cualitativa y humanística de la educación. Al estudiante, desde niño, se le despoja de su historia, de su territorialidad, de sus derechos colectivos, y de su vocación innata por cuestionar su entorno. Se le torna un individuo funcional a la *cultura del descarte* y ávido de ejercer la competencia voraz en el mercado. Para ello es relevante perpetuar una educación segmentada o compartimentalizada, descontextualizada de todo referente histórico/geográfico/ético. En este tenor, la racionalidad empresarial con su ideología del eficientismo se extrapola acríticamente a la escuela a través de las celebradas «reformas educativas».

Lo anterior no es de sorprender si pensamos que la misma escuela surge en el siglo XIX como un entramado de poder diseñado para producir empleados *ad hoc* a los requerimientos productivos de las fábricas. En ese sentido, el disciplinamiento y la supresión del error se cultivó en la escuela para apoyar los procesos de acumulación de capital.

La privatización de un bien público como la educación no se gesta con la traslación de las escuelas a manos privadas, sino con la falta de compromiso del Estado respecto a este derecho y con la cesión de espacios a la iniciativa privada conforme se incentiva el abandono, la negligencia y la desatención en la escuela pública. Tal como ocurre en materia de servicios sanitarios con los cuales no se garantiza una cobertura oportuna y universal, en la misma educación se experimenta una *privatización de facto*, principalmente en las sociedades subdesarrolladas. Sin embargo, los criterios mercantilizadores se presentan de manera más acabada en la referida *colonización del lenguaje* y en la entronización de mecanismos carentes de pedagogía que abren la posibilidad a que los niños y jóvenes se muestren dóciles ante la sobreexplotación, el consumismo, el individualismo y la desigualdad.

Sin el retorno del pensamiento crítico al proceso de enseñanza/aprendizaje y sin el compromiso ciudadano introyectado en docentes y estudiantes, la educación y la escuela naufragarán en el mar de la intrascendencia. Supeditada la educación al mantra del mercado tenderá a socavar definitivamente sus funciones históricas y a extraviarse en el cerco de la eficiencia económica y de la desigualdad social. Voltear la mirada a las pedagogías críticas y a las condiciones y entornos específicos del niño y el joven sería solo el primer paso para reposicionar a la educación como bien público y como derecho fundamental.



Referencias

Enríquez Pérez, Isaac (2021a), «El triunfo incuestionable del individualismo hedonista», en: *América Latina en Movimiento de la ALAI (Agencia Latinoamericana de Información)*, Quito (Ecuador), 11 de marzo. Alojado en: <https://www.alainet.org/es/articulo/211338>

_____ (2021b), «La entronización del individualismo hedonista y el vaciamiento de la universidad», en: *América Latina en Movimiento de la ALAI (Agencia Latinoamericana de Información)*, Quito (Ecuador), 28 de octubre. Alojado en: <https://www.alainet.org/es/articulo/214222>



IV

La educación y la universidad en la era *postpandémica**

Isaac Enríquez Pérez**

La pandemia del covid-19 no llegó sola, sino que adoptó la forma de *hecho social total* y asumió un carácter disruptivo conforme se entrelazó con otras dimensiones de la realidad social hasta condensarse con la *crisis sistémica y ecosocietal* de larga gestación y duración (Enríquez Pérez, 2020a). La educación no queda al margen de ese cambio de ciclo histórico conforme muta la *crisis epidemiológica global* y se hacen sentir los efectos de *la gran reclusión*. Lo que alteró la pandemia fue la forma en que las sociedades, familias e individuos se acostumbraron a organizarse y a desplegar su cotidianeidad bajo ciertas certezas preconcebidas. El *vértigo de la incertidumbre* que es consustancial a la crisis sanitaria y a las decisiones públicas y privadas que se tomaron para encauzarla, trastocó la vida laboral, la movilidad urbana, la socialización a través del proceso educativo, la convivencia y el esparcimiento.

25



* Ensayo escrito entre el 7 y el 13 de noviembre de 2021. Una primera versión se difundió en distintos medios nacionales e internacionales.

** El autor es Sociólogo con un Posgrado en Historia del Pensamiento Económico y un Doctorado en Economía del Desarrollo; Investigador Asociado en el Proyecto Conacyt «Forjando a la universidad pública como agente de Desarrollo y transformación social: el caso Zacatecas», radicado en la Universidad Autónoma de Zacatecas; es también docente en la Universidad Nacional Autónoma de México y miembro del Sistema Nacional de Investigadores (Conacyt). Temas de especialización: estudios sobre el desarrollo, políticas públicas, funciones del Estado en el proceso económico, organismos internacionales, economía política internacional. Su último libro se titula *La gran reclusión y los vericuetos sociohistóricos del coronavirus: miedo, dispositivos de poder, tergiversación semántica y escenarios prospectivos*. Ponemos a disposición de los lectores la siguiente dirección electrónica para sostener un intercambio de ideas sobre el tema: isaacep@unam.mx

El día después de la pandemia (Enríquez Pérez, 2020b) no será terso ni tendrá parecido alguno con los días, meses y años previos al inicio del *confinamiento global* en marzo de 2020. Particularmente, la superficial y demagógica «nueva normalidad» dinamita ante el cúmulo de rezagos y retrocesos que se aceleraron y acumularon a lo largo de los últimos dos años. Si algo gestó la pandemia fue la exacerbación de las *desigualdades extremas globales* y la pauperización de los pobres y de las clases medias; de ahí que la publicitada «nueva normalidad» no se traduzca en un simple «darle vuelta a la página». En ese tránsito a la *era postpandémica* praxis como la educativa no están exentas de desafíos y de contradicciones en el mar de las nuevas conflictividades y desigualdades gestadas con el distanciamiento social.

El retorno a las actividades educativas presenciales no está exento de dificultades en ninguna parte del mundo, ni supone retomar así sin más las dinámicas previas a la crisis sanitaria. Los desafíos son múltiples, comenzando por los relativos a la calidad del proceso educativo afectada con *la gran reclusión* y la ansiedad y angustia a la cual se sometieron niños y jóvenes en la modalidad de educación a distancia.

En cualquier nivel escolar, la construcción del conocimiento es un proceso colectivo que supone intensos procesos de socialización, emotividad y de una comunicación estrecha entre estudiantes/docentes, estudiantes/estudiantes y docentes/docentes. Se trata de una comunicación multidireccional que precisa de la cercanía física y de una interacción cara a cara que supone el despliegue de emociones, empatía y cooperación. Estos factores no son fáciles de ejercer en la educación en línea por el distanciamiento que en sí imponen las mismas tecnologías y por el carácter efímero de la comunicación y la mediación en esa modalidad.

Aunado a ello, países como México evidenciaron una exacerbación de las desigualdades en materia de derechos digitales. Desde los tiempos previos al *colapso pandémico*, solo 12.9% de las escuelas de nivel básico registradas en la Secretaría de Educación



Pública (SEP) contaban —para el año 2018— con laboratorios de computo; 46.7% contaban con al menos un equipo de computo; y el 22.7% disponían de acceso a Internet. La brecha digital se condensó con la pandemia y también con el déficit de habilidades pedagógicas y didácticas para trasladar la escuela y la universidad a entornos digitales.

El mismo Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) (2020) realizó un estudio para el caso mexicano y estimó, para agosto de 2020, que la estrategia de educación en línea de la SEP desplazó a alrededor del 55% de los hogares. Mientras que la mudanza a la televisión como protagonista en la difusión de contenidos educativos, si bien fue más incluyente en cuanto a cobertura que la anterior estrategia, demeritó la calidad educativa, la cercanía y la relación estudiante/docente, y la atención personalizada por parte de los profesores. Estos retos que fueron impuestos a la escuela y al proceso educativo, se fusionaron con la deserción de dos millones de estudiantes en los niveles básicos. Sin embargo, el mismo Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), a través de la Encuesta para la medición del Impacto covid-19 en la Educación 2020, señaló que para el ciclo escolar 2020-2021 no se matricularon por motivos económicos y digitales alrededor de 5.2 millones de estudiantes en edades de los 3 a los 29 años (INEGI, 2021).

Lo anterior ilustra que los desafíos que se ciernen en la *era postpandémica* sobre la escuela en general y sobre la universidad en particular, son múltiples: son académicos, didáctico/pedagógicos, así como relacionados con el acceso a los espacios educativos y al pleno ejercicio del derecho a la salud. Son desafíos logísticos, pero también son emocionales y neuropsicológicos en la medida en que la pandemia y el miedo que le circunda afecta la intimidad y salud mental de niños y jóvenes expuestos al dolor relacionado con la enfermedad y la muerte. La solución no atraviesa necesariamente por la generalización de las campañas de vacunación entre las poblaciones educativas; es preciso instalar el tema de



los cuidados como parte de las estrategias y de la reconfiguración de las decisiones públicas que le darán forma a la *era postpandémica* (Enríquez Pérez, 2020a). Los desafíos son mayores para aquellas sociedades subdesarrolladas que enfrentan la escasez inducida de vacunas y que aún no logran cubrir a amplios segmentos de sus poblaciones.

Por su parte, las universidades, luego de un 2020 que significó *el retiro autoimpuesto de la academia* y las limitaciones para *pensar en tiempo real* (capítulo 33), enfrentan el desafío de enmendar el extravío del pensamiento crítico (capítulos 36 y 37) y de hacer frente a las rupturas epistemológicas cimbradas por el cambio de ciclo histórico acelerado con la *crisis epidemiológica global*. Resulta preciso que la universidad sea capaz de (re)pensarse a sí misma y de deconstruirse a partir del *implacable paso del huracán pandémico*. Si algo evidenció este *hecho social total* es la urgencia de evitar las miradas parceladas o compartimentalizadas sobre la realidad y sobre la misma pandemia como red de sistemas complejos. No basta concebir a la pandemia desde los supuestos y postulados de la salud pública y la epidemiología; son necesarios y urgentes las miradas y saberes provenientes de múltiples campos del conocimiento. La pandemia es un problema de investigación científico, médico, tecnológico, económico, ecológico, antropológico, comunicacional, neuropsicológico y, a su vez, humanístico. De ahí que las decisiones públicas y las posibles soluciones de cara a esta *crisis sistémica y ecosocietal* no atraviesen única y exclusivamente por miradas fragmentarias o ultra-especializadas que pierden de vista la perspectiva en torno a la totalidad.

En medio del asedio del *individualismo hedonista* (Enríquez Pérez, 2021), la universidad necesita tomar conciencia de que las ciencias en general se supeditaron a intereses creados y a poderes fácticos desde el inicio de la *crisis epidemiológica global*. El *consenso pandémico* edificado sobre el poder de la *industria mediática de la mentira* y la *construcción mediática del coronavirus*

(Enríquez Pérez, 2020), se afianzó para beneplácito del *Big Pharma* y del *Big Tech*. Si la universidad no es capaz de reflexionar sobre la inadecuación histórica de las ciencias y sobre las rupturas epistemológicas radicalizadas con la *crisis sistémica y ecosocietal* y con el actual *colapso civilizatorio*, entonces esa organización educativa y generadora de conocimientos corre el riesgo de extraviarse en la futilidad y la intrascendencia. De ahí que sea el momento propicio para abrir oportunidades que permitan imaginar y crear nuevas epistemologías que articulen a las ciencias con las humanidades, a las técnicas con las artes, y al pensamiento científico con los saberes alternativos.

Y si la universidad es capaz de (re)pensarse y de (re)construirse a sí misma en el maremágnum de la *era postpandémica*, entonces está urgida de revisar su vinculación con la sociedad y a dotarla de mayor vigor y creatividad. La producción y difusión de los conocimientos, el mismo oficio de la investigación y el arte de la docencia, precisan la comprensión de las megatendencias globales; la identificación de las especificidades que adquirió la pandemia en los espacios locales; la construcción de resiliencia ante las futuras crisis sistémicas; y el estudio sistemático de las nuevas desigualdades y conflictividades. Si desde la universidad no se tienden los puentes entre la academia y la praxis política, las sociedades contemporáneas no serán capaces de revertir el *colapso civilizatorio*.

La supeditación de la universidad al carácter desbocado del mercado no es el camino para enfrentar la crisis multidimensional contemporánea, pues la pertinencia social e histórica de esa organización tenderá a diluirse en medio del *individualismo hedonista* y del mantra de la eficiencia económica. De ahí que sea preciso pensar —más allá de la *racionalidad tecnocrática* y del afán de lucro y ganancia— en otro tipo de relaciones entre la universidad y el mercado; entre el conocimiento y el proceso económico.

El desafío epistemológico se fusiona con los problemas didáctico/pedagógicos recrudescidos por la pandemia en todos los



niveles educativos. Es necesario (re)pensar y (re)construir la educación presencial para apegarla a los problemas públicos inmediatos de las comunidades escolares. Sin una mayor pertinencia de los contenidos escolares, entonces la escuela y la universidad no responderán en esa *era postpandémica* a las urgencias de la sociedad donde radica. Más allá de caer en la tentación de categorizar a la educación a distancia como algo carente de sentido, es preciso colocarla en su justa dimensión y contar con claridad respecto a su utilidad y contribuciones. La masificación de la educación puede apoyarse en estas tecnologías de la información y la comunicación, pero ello no supone descuidar los rigores teórico/metodológicos y el despliegue de la *imaginación creadora*. La pandemia no solo nos obliga a resignificar el proceso de enseñanza/aprendizaje, sino también a examinar la pertinencia de la escuela y de la universidad como escenarios vivenciales desde donde se construyen las sociedades.

30

A grandes rasgos, la educación es uno de los territorios donde se disputa la construcción de significaciones, y la *era postpandémica* si bien supone desafíos y puntos de quiebre también abre oportunidades para reivindicar el despliegue del pensamiento crítico y del *pensamiento utópico* con miras a imaginar el futuro y la construcción de escenarios alternativos. La emergencia de nuevas desigualdades y conflictividades no será comprendida ni combatida sin la reinención del proceso educativo y sin nuevas prácticas en la construcción del conocimiento tanto en la escuela como en la universidad.

Referencias

Enríquez Pérez, Isaac (2020a), *La gran reclusión y los vericuetos sociohistóricos del coronavirus: miedo, dispositivos de poder, tergiversación semántica y escenarios prospectivos*, Buenos Aires (Argentina), Centro de Estudios en Estrategia y Políticas Públicas (CEEyPP), Primera Edición, septiembre, 305 pp.

_____ (2020b), «El día después de la pandemia: futuro, incertidumbre y vulnerabilidad», en: *América Latina en Movimiento de la ALAI (Agencia Latinoamericana de Información)*, Quito (Ecuador), 2 de diciembre. Alojado en: <https://www.alainet.org/es/articulo/210026>

_____ (2020c), «El extravío del pensamiento crítico ante el huracán de la pandemia», en: *América Latina en Movimiento de la ALAI (Agencia Latinoamericana de Información)*, Quito (Ecuador), 28 de diciembre. Alojado en: <https://www.alainet.org/es/articulo/210329>

_____ (2021), «El triunfo incuestionable del individualismo hedonista», en: *América Latina en Movimiento de la ALAI (Agencia Latinoamericana de Información)*, Quito (Ecuador), 11 de marzo. Alojado en: <https://www.alainet.org/es/articulo/211338>

Instituto Nacional de Estadística y geografía (INEGI) (2021), *Encuesta para la Medición del Impacto covid-19 en la Educación (Ecovid-ED)*, Aguascalientes, INEGI, Segunda Edición. Alojado en: <https://www.inegi.org.mx/investigacion/ecovided/2020/>

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) (2020), *Desarrollo humano y covid-19 en México: Desafíos para una recuperación sostenible*, México, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Primera Edición, 76 pp.





V

Los derroteros de la universidad en la emergencia de la era postpandémica: la investigación interdisciplinaria y el pensamiento crítico como posibilidades de las juventudes*

Isaac Enríquez Pérez**

La pandemia del covid-19 cimbró las formas de ser, pensar y representar la realidad en las sociedades contemporáneas. No es el solo hecho de que un nuevo coronavirus gravitara en nuestras vidas y desafiara las formas en que nos organizamos y desplegamos la cotidianidad. La pandemia es algo más que el hecho de ser asaltados por este agente patógeno y enfrentarnos al riesgo de la vulnerabilidad humana. Que este virus quebrante la salud de los organismos humanos es algo en sí mismo doloroso por las secuelas de angustia e incertidumbre en la vida familiar y en la intimidad. Se quiera (pueda) o no se quiera (pueda) ver, la pandemia se alzó ante nosotros como un *hecho social total* (Enríquez Pérez, 2020b) y se engarzó con un cambio de ciclo histórico (Enríquez Pérez, 2020a) que trastoca todas y cada una de las esferas

33

* Conferencia presentada en el Segundo Congreso Nacional Intervención de las Juventudes en los Tópicos Multidisciplinarios, organizado por la Red Mexicana de Jóvenes por la Investigación, entre el 20 y el 23 de diciembre de 2021.

** El autor es Sociólogo con un Posgrado en Historia del Pensamiento Económico y un Doctorado en Economía del Desarrollo; Investigador Asociado en el Proyecto Conacyt «Forjando a la universidad pública como agente de Desarrollo y transformación social: el caso Zacatecas», radicado en la Universidad Autónoma de Zacatecas; es también docente en la Universidad Nacional Autónoma de México y miembro del Sistema Nacional de Investigadores (Conacyt). Temas de especialización: estudios sobre el desarrollo, políticas públicas, funciones del Estado en el proceso económico, organismos internacionales, economía política internacional. Su último libro se titula *La gran reclusión y los vericuetos sociohistóricos del coronavirus: miedo, dispositivos de poder, tergiversación semántica y escenarios prospectivos*. Ponemos a disposición de los lectores la siguiente dirección electrónica para sostener un intercambio de ideas sobre el tema: isaacep@unam.mx

de la vida social: desde las formas en que nos organizamos para satisfacer las necesidades básicas a través del trabajo; el ejercicio de las relaciones de poder y los mecanismos con que se construyen las decisiones públicas; las maneras de producir y difundir el conocimiento y se exponen las bellas artes; los modos en que se comunica e informa anteponiendo el miedo y sus nuevas significaciones (Enríquez Pérez, 2020c); el cauce que tomaron las relaciones cara a cara con el distanciamiento social; e, incluso, en las formas de concebir e interactuar con la enfermedad y la muerte.

Entonces, si la organización del trabajo y la relación de las sociedades con la tecnología y la energía cambiarán drásticamente en los siguientes años y décadas, las universidades no se encuentran al margen de ello ni escapan a las inercias y avatares del cambio de ciclo histórico que se perfila con la *crisis epidemiológica global*.

Salir del oscuro callejón de la pandemia atraviesa por la urgencia impostergable de deconstruir el *consenso pandémico* y de romper los grilletes del miedo, el pánico y la mentira. Si la pandemia, desde el inicio, se manejó mediática y políticamente como una guerra y como un «estado de sitio», la verdad como principio rector de la relación percepción/mundo fenoménico fue la primera víctima que cayó diezmada y con ello toda posibilidad de pensar y disentir desde la *imaginación creadora* y la erradicación de ataduras mentales.

Una de las organizaciones que mayor exposición experimentó frente a este «estado de sitio» que se desplegó en el mundo con *la gran reclusión* y la supresión de derechos humanos fundamentales fue la universidad y con ello los jóvenes como las principales víctimas de este proceso histórico inédito.

Pese al aporte incuestionable de las tecnologías de la información y la comunicación, la universidad experimentó un desanclaje respecto a la vorágine de acontecimientos condensados y sintetizados en la pandemia en tanto *crisis sistemática y ecosocietal* (Enríquez Pérez, 2020a). En principio, en las universidades predomina una estructura fragmentada, compartimentalizada y

unidisciplinar —o, si acaso, multidisciplinar— en la producción y difusión del conocimiento, y esa dispersión es, en sí misma, una argamasa o una coraza que impide la observación y la teorización en torno a la totalidad y el carácter sistémico y multidimensional de la realidad y de la vida en sociedad.

El predominio de estas miradas fragmentarias no solo significa un problema respecto a la forma en que se ejerce el *arte de conocer* y el *oficio de enseñar y de aprender* en las universidades, sino que también es una contradicción que se extiende al ámbito propio de las decisiones públicas y a las formas en que desde ese escenario se concibe a *los grandes problemas mundiales y locales*. Tal vez por ello —y también por los mismos intereses creados en torno a la pandemia— se impuso una concepción estrictamente sanitaria que monotematizó los alcances del fenómeno y las posibles soluciones para salir de la crisis multidimensional. Que las vacunas fuesen concebidas como la única solución ante la crisis sanitaria, habla no solo de esos intereses creados del *Big Pharma*, sino de la miopía en las miradas y del cortoplacismo que predomina en las formas en que se representa la realidad y se trata de intervenir en el curso de sus contradicciones.

Ni qué decir respecto a un *consenso pandémico* que omite la urgencia de cambiar radicalmente el patrón de producción y consumo o la apropiación depredadora y extractivista del territorio; la imperiosa necesidad de modificar la relación naturaleza/sociedad/proceso económico sobre cauces que no sean los propios de la acumulación irrestricta de capital y que ahora se disfraza de un *Green New Deal*; así como el carácter estrecho y la miopía de la *racionalidad tecnocrática*, del *fundamentalismo de mercado* y del *individualismo hedonista*. Y aquí surge otro nudo contradictorio en la relación universidad/sociedad/modelo de desarrollo, y es el vinculado con el socavamiento del mismo pensamiento crítico como praxis sociohistórica.

Es importante hacer una acotación: sin pensamiento crítico no solo tiende a petrificarse el conocimiento mismo y sus



dinámicas creadoras, sino que también la sociedad misma se interioriza en los abismos del anquilosamiento y de las actitudes retardatarias respecto al cambio social.

Con la pandemia y el *confinamiento global* estas tendencias se exacerbaban. Por un lado, el pensamiento crítico experimentó un extravío (Enríquez Pérez, 2020d) que nubló toda posibilidad para (re)pensarse a sí mismo y sobre bases de mayor creatividad y lucidez. Por otro, desde el predominio del *consenso pandémico* y la *construcción mediática del coronavirus* (Enríquez Pérez, 2020a) se desplegaron dispositivos de control y disciplinamiento de la mente y la conciencia, y ello en el contexto más amplio de la instauración de un *régimen bio/tecnó/totalitario* modelado por la *ideología del higienismo* y que inhibe las posibilidades de disenso y de diálogos multidireccionales e interculturales que privilegien la diferencia en las formas de pensar, concebir e intervenir sobre el mundo fenoménico. Entonces, maniatado el pensamiento preñado de la *imaginación creadora*, es eclipsada toda posibilidad de asumir al conocimiento como praxis transformadora de la realidad.

La pandemia como dispositivo de control y disciplinamiento evidenció también el arrinconamiento de la universidad en la construcción de las significaciones. Un sofisticado complejo comunicacional/digital movido por el miedo y la emoción pulsiva que deambula por las redes sociodigitales configuró una narrativa contradictoria que aventuró la noción de un «enemigo invisible» que de manera sobrenatural ataca a los organismos humanos, y el argumento endeble de que toda crisis acentuada en los últimos dos años es causada por ese agente patógeno. La universidad perdió trascendencia en la creación de narrativas orientadas a explicar el cómo y el por qué de los fenómenos y sus causas profundas. Común se tornó la imagen de un comunicador callando o censurando a algún académico o científico al tratar los temas de la pandemia. Pero también común fue el *retiro autoimpuesto de la academia* cuando menos durante el año 2020. Al

miedo inmovilizador se sumaron las posiciones acomodaticias, la autocomplacencia y la paralización de la creatividad. Sobre este punto ahondaremos más adelante.

Si el conocimiento es una construcción social, un proceso colectivo que implica intensos diálogos sustentados en el rigor metodológico y en la constante contrastación empírica, *la gran reclusión* se nutrió de una narrativa del miedo que apeló al distanciamiento físico y, sobre todo, al distanciamiento social. En ese trance las posibilidades de interlocución e intercambio multidireccional se truncaron, pese a la plataforma de Zoom y a la digitalización de la universidad. El saldo de ello fue el ninguneo del estudiante y la pasividad y unidireccionalidad de los procesos de enseñanza/aprendizaje. A su vez, las universidades evidenciaron capacidades limitadas para operar en ambientes digitales bajo renovados criterios pedagógicos, didácticos y regidos por la centralidad del estudiante y de las especificidades de los espacios locales donde interactúan los mismos jóvenes y los académicos.

La universidad que emergerá de la pandemia no será la misma que se conoció hasta antes del año 2019. La *era postpandémica* será una donde privará la radicalización de la incertidumbre y donde el nuevo patrón tecnológico que ya se instaaura le dará mayor forma a la *sociedad de los prescindibles* y desplazará a un importante cúmulo de profesiones universitarias y de oficios manuales o propios del sector servicios. Y en ese maremágnum los jóvenes serán, de nueva cuenta, los excluidos y las víctimas.

Esto significa que otro nudo contradictorio que enfrentan las universidades es el de la relación excluyente de los jóvenes profesionistas egresados con el mundo laboral. Es decir, el desempleo, el subempleo y el trabajo precario que se ciernen como un látigo implacable sobre las espaldas de las juventudes profesionistas.

En principio, la universidad está desfasada —en cuanto a sus contenidos y orientación— de las dinámicas propias del patrón de acumulación de la manufactura flexible, del cambio tecnológico y del proceso de financiarización que nutren la contemporánea



acumulación de capital. Además, la transición en el patrón tecnológico acelerada con la pandemia hace de la robotización, la inteligencia artificial, la algoritmización y del Internet de las cosas, sucedáneos de profesiones y de individuos altamente cualificados. La falta de correspondencia entre la cantidad de jóvenes egresados de las universidades y la estrechez del campo laboral es abismal. Aclaremos que no se trata de que las universidades respondan de manera mecánica y acrítica a los intereses del mercado, sino de que aquellas sean capaces de reinventarse proactivamente para reivindicar su misión histórica y trascender el simple afán de lucro y la motivación costo/beneficio en el perfil de sus egresados y en las dinámicas del campo laboral. Sí las universidades no son capaces de propiciar la transformación social y asumirse como agentes autónomos que procuren un comportamiento más favorable de la dialéctica desarrollo/subdesarrollo, estarán condenadas al extravío y la intrascendencia; más todavía cuando éstas sean financiadas con recursos públicos desde el Estado.

Tan solo en México, según la quinta edición de la *Encuesta Nacional de Egresados 2021* diseñada y aplicada por el Centro de Opinión Pública de la Universidad del Valle de México (UVM, 2021), alrededor del 45.6% de los jóvenes recién egresados de universidades públicas y privadas enfrentan serias dificultades para encontrar su primer empleo formal; mientras que un 37.2% simplemente no logra acceder al campo laboral y, por tanto, padece el desempleo.

Una de las aristas de la precariedad laboral es la relativa al salario. Esta misma encuesta revela que el 21.5% de los profesionistas jóvenes contratados perciben entre \$1 500 y \$3 000 pesos mexicanos al mes (entre 80 y 160 dólares), y que uno de cada 10 egresados (el 12% del total), percibe un salario por debajo de los \$1 500 pesos. Pues con el *colapso pandémico* se experimentó una caída salarial del 46 al 42.9%. Más aún: únicamente el 27.2% (la proporción en el año 2020 era del 33%) de los jóvenes recién egresados percibe un ingreso entre los 8 000 y los 15 000 pesos mensuales (entre los 420

y los 800 dólares), en tanto que solo el 15.1% percibe más de 15 001 pesos. A su vez, es de destacar que el 44.9% no accede a prestaciones laborales en su primer empleo, y solo el 22.6% las tiene en su empleo actual. Otro dato que ilustra estas tendencias es el que revela que en el año 2021 el 26.4% (38% para el caso del 2020) de los jóvenes egresados obtiene un empleo permanente, remunerado y de tiempo completo. En tanto que, en general, el nivel de desempleo (incluyendo a profesionistas con experiencia laboral) se incrementó del 25% al 30.9% en medio del *colapso pandémico*.

Así, en el ámbito del campo laboral, el *mundo postpandémico* será uno trazado por el teletrabajo y la pretensión de las grandes corporaciones de reducir los costes de la fuerza de trabajo, especialmente de la cualificada. Con el teletrabajo es posible prescindir de oficinas y de altas facturas por consumo de energía eléctrica y por adquisición de insumos de cómputo y mobiliario, trasladando esos costes al mismo trabajador como una forma más de super-explotación. Especialmente, evitar los traslados casa/empresa/casa incentivará la baja de los salarios y la mayor precarización de las condiciones laborales. De ahí que el teletrabajo guarde correspondencia con la pretendida reforma educativa digital y con las disputas en torno a recursos naturales como el litio y los minerales de tierras raras. Las juventudes profesionistas, sin duda, serán de las más afectadas por estas tendencias laborales. ¿Hasta dónde las universidades proveen a los jóvenes de conocimientos, aptitudes y habilidades para enfrentar estas transformaciones? Es una pregunta que es necesario plantear pero, sobre todo, responder con urgencia.

Pero el dislocamiento de la universidad no solo es respecto al campo laboral sino también con relación al espacio público y sus problemáticas sociales más acuciantes. En ese sentido, la crisis de la universidad es vasta y compleja, y a su vez se relaciona con el mismo agotamiento y abandono del Estado desarrollista y de los proyectos nacionalistas desde finales de la década de los setenta y con las ausencias, inoperancia y postración del Estado de cara



a los problemas estructurales de las sociedades subdesarrolladas. Si el Estado pierde poder y potestades para controlar las causas de los problemas públicos ante la avalancha de los flujos globales, las universidades no escapan a esa tendencia, sino que marchan a la par del desconcierto y el desacierto que impera en el mundo contemporáneo. De ahí el potencial de las juventudes para escapar de esas inercias que no precisamente son irreversibles ni inhabilitadoras de la *imaginación creadora*.

A su vez, la empresa capitalista es capaz de prescindir de la universidad para capacitar a la fuerza de trabajo y para certificar los conocimientos y la experiencia laboral. Esto es, un curso o un diplomado en periodismo digital puede ser convocado, por ejemplo, por el diario español *El País*, diseñado por un grupo de consultores independientes y autoempleados especializados en el tema, e impartido por periodistas independientes o que laboran en *The New York Times*. O un posgrado, por ejemplo, en inteligencia artificial puede ser convocado e impartido por la empresa Meta —anteriormente llamada Facebook— y certificado por el Massachusetts Institute of Technology (MIT). Ambas convocatorias pueden ser semi-presenciales o impartirse totalmente en línea con asistentes lo mismo de China, que de Estados Unidos, España, Colombia, México o Sudáfrica, e incluso contar con nodos reproductores de los contenidos en centros de investigación privados o en think tank's productores de conocimientos especializados radicados en el Reino Unido o en Australia. Ello significa que las universidades no tienen más el monopolio en la producción y divulgación del conocimiento especializado, sino que interactúan con diversidad de fuentes y agentes, algunos con sistemas presenciales y otros con mecanismos de divulgación totalmente en línea. Representando esto también un desafío mayúsculo para la universidad, funciones y alcances.

La universidad no solo pierde el monopolio exclusivo en la producción y divulgación del conocimiento especializado, sino que también se torna hasta cierto punto incapaz de reivindicar y

defender aquellos conocimientos y saberes que no son codiciados por los agentes del mercado. Pensemos en la filosofía, la poesía y amplios espectros de las artes, las ciencias básicas, las ciencias sociales y las humanidades, que son marginados al Interior de las mismas universidades públicas o privadas y que son puestos a la deriva ante el pragmatismo a ultranza del campo laboral, el mercado, e incluso del mundo editorial. La producción de vanguardias en este sentido solo podrían provenir de las juventudes y de su creatividad y capacidad de cuestionamiento en aras de *artisticizar las ciencias, cientifizar las artes, y humanizar las tecnologías*. Estos procesos requieren, incluso, de la creación de nuevos verbos para atender esas posibles creatividades emergentes preñadas de interdisciplinariedad y orientadas a la construcción de nuevos conceptos en ciencias y humanidades.

La universidad también se encuentra expuesta al *síndrome de la postverdad* —o lo que es lo mismo: al vicio enfermizo de la ultra-mentira— y al negacionismo. De nueva cuenta, la pandemia del covid-19 es, en esa lógica, escenario para las disputas en torno a la construcción de significaciones. Lapidada la palabra en su sentido y conceptos, se impone una narrativa que ningunea el argumento y apela a remover la emotividad y las entrañas del receptor. En estas narrativas no importa incitar a la reflexión y a la construcción de argumentos válidos y contrastados, sino generar percepciones, sentimientos y creencias carentes de rigor y fundados en prenociones. Los delirios místicos, los espíritus megalomaniacos y los mesianismos contemporáneos de cualquier signo ideológico emprenden el *rapto de la palabra* y el vaciamiento de su sentido, y con ello tornan en algo falaz y fútil a las ciencias críticas. Con los «hechos alternativos» (los «alternative facts» de Kellyanne Conway, consejera presidencial de Donald J. Trump en su momento) el mundo fenoménico se torna volátil y carente de sentido y estructura. Es el *destierro del mundo de lo factual* y la entronización masiva de lo que los psicólogos denominan como la «ilusión de la verdad».



En esas narrativas predomina un pensamiento parroquial de corte maniqueísta que se irradia mediante *campañas negras del ataque y el miedo* movidas por la descalificación, la defenestración, la segregación y la ridiculización de «el otro». Se explota el prejuicio, la dispersión discursiva de las redes sociodigitales y el carácter endeble de los argumentos, la desconfianza, la exacerbación de las pasiones, el sectarismo, el odio, la polarización, el espectáculo, el resentimiento, el racismo, el clasismo, la intransigencia y la estigmatización. Y, sobre todo, se aprovecha la pérdida de sentido en la vida de las audiencias.

Detrás del *síndrome de la postverdad* subyace la crisis institucional del mundo contemporáneo y el ascenso de la *era de la desilusión y el desencanto* que se caracteriza por el reniego de los ciudadanos ante las promesas incumplidas desde el mercado, el Estado y sus valores liberales degradados. El problema es profundo porque se vincula con la erosión de los valores absolutos y pretendidamente universales, así como de las instituciones implantados y emanados del movimiento filosófico/ideológico de la llamada Ilustración europea, y que fueron —ambos— la base de un mundo de relativas certezas y seguridades conforme se gestaba, arraigaba y expandía la era del capitalismo. Más aún, perdida la fe y la confianza ciudadana en el Estado, en tanto macroestructura institucional capaz de animar y conducir el cambio social y de resolver los problemas sociales más inmediatos a los ciudadanos, éstos vieron debilitada la cohesión social y extraviaron los lazos de confianza en «el otro». Entonces, dinamitada esa confianza en los demás; entronizado el *individualismo hedonista*; y erosionado el sentido de comunidad, los hechos, el mundo de lo fáctico, pierden trascendencia y son relativizados.

Cabe acotar que el rumor y la mentira son parte consustancial de la construcción del poder y de las estructuras sociales que lo encauzan, irradian y profundizan; y que la disputa por la confección de una narrativa que pretenda ser «la verdad» es uno de los dispositivos para controlar las conciencias, las mentes, los

cuerpos y la intimidad, y para incidir en la identidad y cotidianidad de los individuos y grupos sociales. Si las élites, del tipo que sean, no cuentan con esa capacidad discursiva que delimita comportamientos y traza cursos de acción, el poder y los contrapoderes fácticos carecerían entonces de legitimidad y respaldo popular.

Sin embargo, con el *síndrome de la postverdad* o de la exacerbación de la ultra-mentira lo que resulta es un mancillamiento del lenguaje y del pensamiento crítico, al tiempo que se diluyen las fronteras entre la verdad y la mentira, entre lo factual y las apreciaciones interesadas. El sentido y contenido o sustancia de los conceptos y categorías es diezmado y se les sustrae del rigor analítico. Pensemos, por ejemplo, en nociones como pandemia, enfermedad, coronavirus, muerte, crisis económica, etc., asaltadas y vaciadas de fundamentos razonados y opacadas por el miedo y la *dictadura de la mascarilla*.

Detrás de estos procesos subyace un encubrimiento e invisibilización de las causas profundas de los fenómenos y un silenciamiento de las posturas y saberes que hacen valer el disenso y las miradas alternativas. Lo que se experimenta entonces es una especie de *confusión epocal* que envuelve un *colapso civilizatorio* al erosionarse esos referentes propios de la relación lenguaje/realidad. Entonces, llevado esto al ámbito de las ciencias, éstas no solo son incapaces de construir mínimas certezas, sino que contribuyen con sus cegueras epistemológicas a la radicalización de la incertidumbre en las sociedades contemporáneas. Si a esto sumamos la tendencia histórica relativa a que el cientificismo y la ingeniería social erigen a la ciencia como instrumento de dominación, al tiempo que la alejan de la construcción de certezas, entonces se abren allí profundas rupturas epistemológicas que se remontan a la noción empirista esbozada por Francis Bacon de que el fin último de la ciencia es el dominio y control sobre la naturaleza, en lo que sería una especie de *dictadura científica* que supedita al humano mismo.



Con la pandemia se evidenció esa cercanía de la ciencia con las estructuras de poder, riqueza y dominación (Enríquez Pérez, 2021a). Principalmente la investigación básica, la invención, la experimentación, producción y distribución de las vacunas, se sujetaron al ejercicio de la biopolítica y a la apropiación privada de las posibles soluciones; al tiempo que con ello se gestó un despojo y un destierro de la universidad como organización productora de conocimientos y de progresos tecnológicos y médicos. Más todavía: con la pandemia del covid-19 se evidenció una faceta más del *colapso civilizatorio* contemporáneo, y que es la ruptura del andamiaje simbólico que condensaba en la fe respecto a la ciencia.

¿Hasta qué punto las universidades se encuentran exentas de estas tendencias, y hasta dónde son capaces de contrarrestarlas? ¿Cuál es la postura de las juventudes ante estos fenómenos relacionados con la *tergiversación semántica*?

Es de destacar que ante las crisis multidimensionales que convergen en la pandemia o que se aceleraron con ella, las juventudes tienen ante sí un torrente de oportunidades si su actitud se guía por el proactivismo y la creatividad. En principio, si las universidades enfrentan el desafío de reformarse activamente y de dejar a un lado su actitud adaptativa y pasiva, necesitan del talento y la mirada fresca y dinámica de los jóvenes para romper con las inercias conservadoras de esas organizaciones.

De esta manera, desde las juventudes y sus múltiples identidades y vocaciones es posible impulsar las miradas interdisciplinarias que rompan los cartabones y diques del convencionalismo académico. Del mismo modo, las juventudes, por su propia proclividad a la vanguardia, están llamadas a brindarle un nuevo sentido al pensamiento crítico y a adoptar nuevas formas de construir conocimiento. Es algo factible porque en ningún momento de la historia de la humanidad las juventudes tuvieron al alcance de su mano los cúmulos enormes de información y conocimientos. Por otra parte, las juventudes, con su creatividad

innata podrían trastocar las estructuras de poder, dominación y riqueza y los cauces mismos del proceso económico al apoyarse en las tecnologías de la información y la comunicación y al innovar en materia de autoempleo y nuevas formas de satisfacer sus necesidades. Esa es la oportunidad que abre el *colapso pandémico* a las nuevas generaciones y puede ser también la contribución fundamental de estos grupos etarios en el *mundo postpandémico*. La universidad, por su parte, tiene mucho que aprender de esas juventudes y de su *imaginación creadora*.

Referencias

Enríquez Pérez, Isaac (2020a), *La gran reclusión y los vericuetos sociohistóricos del coronavirus: miedo, dispositivos de poder, tergiversación semántica y escenarios prospectivos*, Buenos Aires (Argentina), Centro de Estudios en Estrategia y Políticas Públicas (CEEYPP), Primera Edición, septiembre, 305 pp.

_____ (2020b), «La pandemia y la urgencia de retorno al futuro: la dialéctica desarrollo/subdesarrollo y la parálisis del pensamiento crítico ante la gran reclusión», en: revista *Observatorio del Desarrollo. Investigación, Reflexión y Análisis*, Zacatecas (México), Unidad Académica en Estudios del Desarrollo de la Universidad Autónoma de Zacatecas «Francisco García Salinas», volumen 8, número 25, enero-abril de 2020, pp. 8-21.

_____ (2020c), *De la ilusión del progreso a la gran reclusión: colapso civilizatorio y extravío del futuro*, Buenos Aires, Centro de Estudios en Estrategia y Políticas Públicas (CEEYPP), Working Papers núm. 14, noviembre de 2020, 24 pp.

_____ (2020d), «El extravío del pensamiento crítico ante el huracán de la pandemia», en: *América Latina en Movimiento de la ALAI (Agencia Latinoamericana de Información)*, Quito (Ecuador), 28 de diciembre. Alojado en: <https://www.alainet.org/es/articulo/210329>



- _____ (2021), «Las ciencias ante el paso implacable del huracán pandémico», en: *América Latina en Movimiento de la ALAI (Agencia Latinoamericana de Información)*, Quito (Ecuador), 9 de febrero. Alojado en: <https://www.alainet.org/es/articulo/210889>
- Universidad del Valle de México (2021), *Encuesta Nacional de Egresados 2021*, México, Centro de Opinión Pública de la UVM, Quinta Edición, 21 pp.



VI

Edgar Morin: 100 años de vida, aventura y pensamiento*

Isaac Enríquez Pérez**

Buscamos un conocimiento que traduzca la complejidad de lo que se llama lo real, que respete la existencia de los seres y el misterio de las cosas, e incorpore el principio de su propio conocimiento. Necesitamos un conocimiento cuya explicación no sea mutilación y cuya acción no sea manipulación. Plantear el problema de un «método» nuevo.

Edgar Morin

El pensador francés Edgar Morin —originalmente llamado Edgar Nahoum— (n. 1921) cumplió 100 años de vida el pasado 8 de julio del 2021. Y con ello alcanzó su plenitud una prolífica obra de corte interdisciplinario que escapa al rótulo, al encasillamiento, la cordedad de miras y la moda característicos del mundo académico y de la difusión del conocimiento. Desde una perspectiva erudita

47



* Ensayo escrito entre el 4 y el 11 de julio de 2021. Una primera versión se difundió en distintos medios nacionales e internacionales.

** El autor es Sociólogo con un Posgrado en Historia del Pensamiento Económico y un Doctorado en Economía del Desarrollo; Investigador Asociado en el Proyecto Conacyt «Forjando a la universidad pública como agente de Desarrollo y transformación social: el caso Zacatecas», radicado en la Universidad Autónoma de Zacatecas; es también docente en la Universidad Nacional Autónoma de México y miembro del Sistema Nacional de Investigadores (Conacyt). Temas de especialización: estudios sobre el desarrollo, políticas públicas, funciones del Estado en el proceso económico, organismos internacionales, economía política internacional. Su último libro se titula *La gran reclusión y los vericuetos sociohistóricos del coronavirus: miedo, dispositivos de poder, tergiversación semántica y escenarios prospectivos*. Ponemos a disposición de los lectores la siguiente dirección electrónica para sostener un intercambio de ideas sobre el tema: isaacep@unam.mx

y una profunda vocación por el conocimiento y el saber, Morin aprendió a desplegar su pensamiento en libertad, siguiendo permanentemente y sin corta pisas las dinámicas históricas del todo y sin extraviarse entre el caudaloso, coyuntural e inediatista río de las partes o elementos componentes.

Colocando su énfasis en lo inesperado y en lo incierto del mundo contemporáneo, Morin levantó el vuelo de su *imaginación creadora* para elevarse con sagacidad y perspectiva sobre el bosque y evitar extraviarse entre un puñado de árboles. Incapaz de compartimentalizar el rigor de su pensamiento respecto a la ética y lo cotidiano, Morin aprendió a vivir y a tomar el pulso a los acontecimientos convulsos, a las contradicciones y a las crisis del siglo XX y de las primeras dos décadas del siglo XXI —no olvidar que nació muerto, estrangulado por el cordón umbilical e introducido a la vida a través de las bofetadas del médico, y que fue parte de la Resistencia francesa durante la Segunda Gran Guerra. Esa tensión está presente y se observa en sus sesenta libros escritos que afrontan el desafío de unir teóricamente al ser humano biológico con el ser humano histórico/cultural.

Heredero del pensamiento de Heráclito de Éfeso, Georg Hegel, Karl Marx, Fiodor Dostoievsky y de Gaston Bachelard, Edgar Morin contrasta el mundo de las ideas con las contradicciones del mundo fenoménico; al tiempo que es capaz de experimentar en su vida y cuestionar las contradicciones y el antagonismo. El escepticismo es la impronta del pensamiento de Morin; en tanto que el deseo de aventura y la interrogante incisiva son sus principales armas para construir sentido ante sus desafíos intelectuales y de vida.

Capaz de desplegar las raíces más profundas del pensamiento crítico, Morin apuesta por la convergencia de los conocimientos y saberes en lugar de su fragmentación y dogmatismo. Solo con esa apertura de pensamiento es posible enfrentar la gran aventura de la vida individual, de las naciones y de la humanidad misma. Desde su pensamiento aboga por gestar y cultivar una capacidad

de desplegar la resiliencia y la esperanza para adaptarse a esa incesante incertidumbre.

Su propuesta del pensamiento de la complejidad es un llamado a no separar lo inseparable y que convive entrelazadamente en el mundo fenoménico. Ante la «crisis de la inteligencia», que evidencia los fallos y limitaciones del pensamiento y del conocimiento en momentos de crisis sistémica, Morin urge a brindar respuestas ante las incertidumbres y los distintos colapsos que enfrenta la humanidad, asumiendo que el devenir no está escrito, sino que está por escribirse.

En su obra remarca la paradoja entre realidad como totalidad, conocimiento y ultra-especialización, enfatizando en lo diverso y en lo entretelado que caracteriza a esa realidad. Entre los temas de Morin —con los cuales pretende dar salida a esta paradoja— destacan la vida y la muerte, la estructura del pensamiento, las relaciones humanas, el amor, la sabiduría, el cine, el futuro, la praxis política, la globalización, la educación, la epistemología, la filosofía, la sociología, entre otros. Su vocación como pensador está preñada por la provocación a través de sus ideas, por abrir nuevos horizontes de pensamiento y por aceptar la naturaleza de lo incierto. Sin esa incertidumbre y su asimilación, el razonamiento y la acción social pierden fuerza y vigencia.

Entonces, para Edgar Morin un sistema complejo es un entretelado conformado por la interrelación y heterogeneidad de sus partes constitutivas y que condensa la unidad y, a su vez, lo múltiple y lo diverso. Esa interrelación supone decisiones, concepciones, idiosincrasias, acciones, acontecimientos, interacciones, materialidad, espiritualidad, azar, transformación permanente, desorden y ambigüedad. Se trata de una perspectiva sistémica anclada en un humanismo crítico refinado que ofrece un conocimiento de corte enciclopédico e integrador.

Su obra no solo es una luz epistemológica en la relación no siempre tersa entre las ciencias y las humanidades y ante el carácter obtuso de ambas al darse la espalda mutuamente, sino que



también es un camino para incidir en la vida pública (diría Morin que se trata de «regenerar la política, humanizar a la sociedad y regenerar el humanismo»). Es también una perspectiva para orientarnos en el mundo, en sus problemáticas y en sus contradicciones a partir de la noción de que la realidad es una totalidad interrelacionada, antagónica y diversa. No solo los objetos de estudio abordados desde el conocimiento sistemático son complejos; lo son también los problemas públicos y la vida en sociedad. De ahí que ameriten de una perspectiva totalizadora para atenderlos y acercarnos a sus posibles soluciones. Todo problema público —y la sociedad misma— es —o tiene implicaciones o aristas entreveradas referidas a lo— económico/material, político, ideológico, jurídico, simbólico/cultural, institucional, psicológico, neurológico, etc. Lo económico es jurídico, es político, es ideológico, es antropológico y cultural; pero también lo jurídico está condicionado por la praxis económica y por la identidad y las idiosincrasias de las sociedades, y así sucesivamente. Y, por tanto, toda toma de decisiones y agenda pública tiene que fundamentarse en una perspectiva totalizadora que no obvie esas distintas aristas. Más urgente esa postura de cara a la crisis de la política como praxis transformadora y de cara a la *ignorancia tecnologizada*. Un ejemplo de lo anterior sería la pandemia, en tanto *hecho social total* que amerita abordarse como una *crisis sistémica y societal* sintetizadora de múltiples y multidimensionales crisis y colapsos civilizatorios (Enríquez Pérez, 2020). No basta con reducirla a un fenómeno estrictamente sanitario, sino que resulta urgente abrir la mirada a sus múltiples horizontes. Para remontar las cegueras que este *túnel pandémico* nos impone, necesitamos echar mano de la luz que brinda el pensamiento y la obra de eruditos como Edgar Morin.

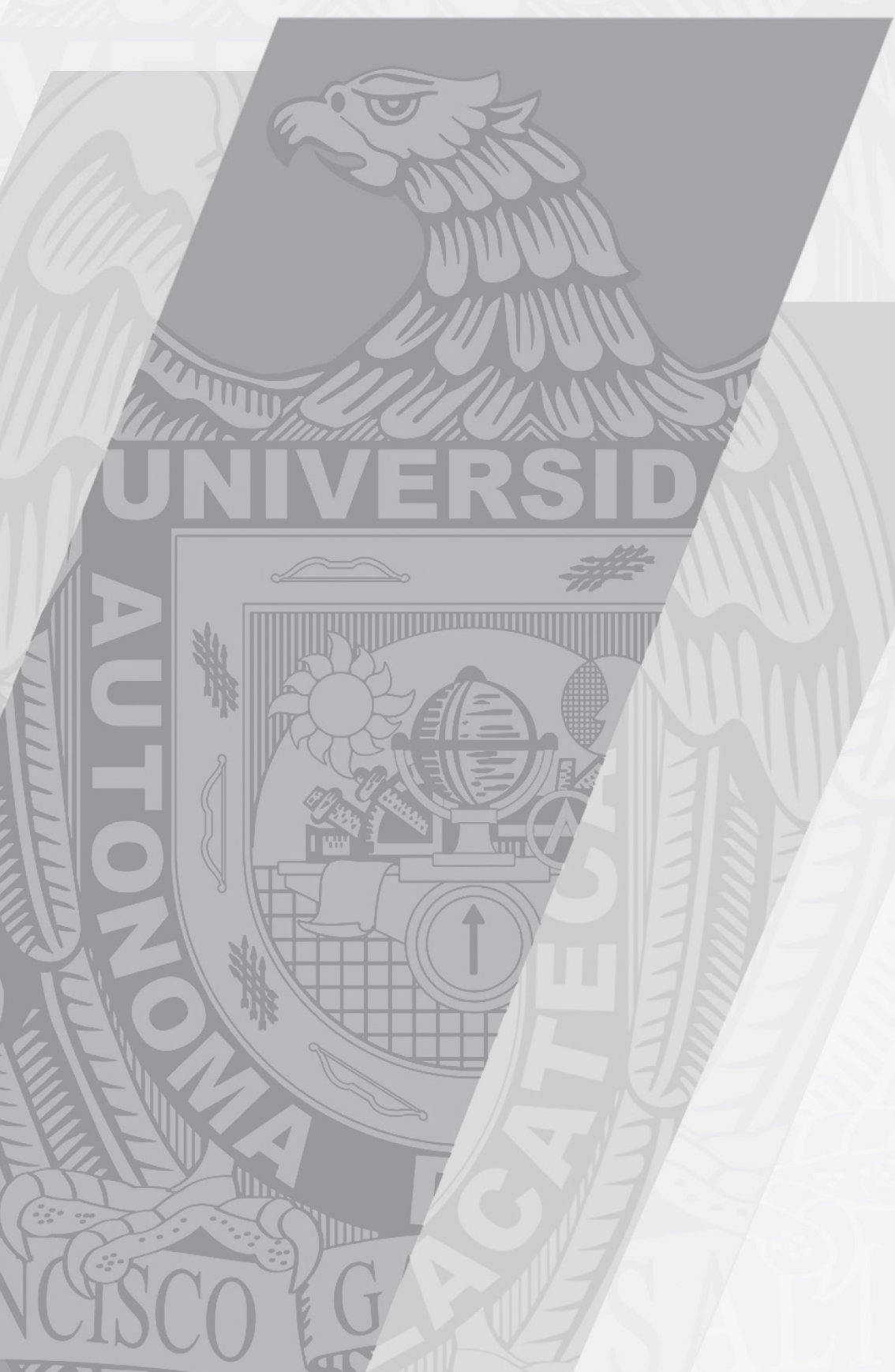
Si la universidad como organización productora y difusora del conocimiento se resiste a adoptar una perspectiva sistémica e interdisciplinaria como la promovida incansablemente por Edgar Morin, sus inercias y compartimentalización extinguirán

la llama que ilumina los senderos de la *imaginación creadora* y marchitará las posibilidades de hacer del conocimiento una praxis transformadora de la realidad. De ahí que la refundación de las universidades atravesase inevitablemente por la reforma de las prácticas académicas, de los métodos de investigación y docencia, y de la relación de las teorías con el mundo fenoménico. El cultivo de la vocación interdisciplinaria es un ejercicio estrictamente, pero también tiene impactos en la praxis política a medida que la realidad y sus problemas públicos imponen la urgencia de ser observados y atendidos como una totalidad orgánica. De ahí la doble relevancia de una vasta obra como la de Edgar Morin.

Referencias

Enríquez Pérez, Isaac (2020), *La gran reclusión y los vericuetos sociohistóricos del coronavirus: miedo, dispositivos de poder, tergiversación semántica y escenarios prospectivos*, Buenos Aires (Argentina), Centro de Estudios en Estrategia y Políticas Públicas (CEEyPP), Primera Edición, septiembre, 305 pp.





UNIVERSID

AUTONOMA

FACATECH

NCISCO G

VII

La nebulosidad y el extravío del pensamiento crítico ante *el pase implacable del huracán pandémico**

Isaac Enríquez Pérez**

El pensamiento crítico se relaciona históricamente con su capacidad y avidez para cimbrar el *statu quo* y para marchar a contracorriente de lo que es dado como verdad eterna, inmutable e incuestionable. Signado por su vocación disruptiva para cuestionar —desde las ideas— el establishment y sus contradicciones, el pensamiento crítico se nutrió de la *imaginación creadora*, de la actitud insumisa y de la necesidad de transformar la realidad a partir del conocimiento de la misma. Sin embargo, a la par del agotamiento del liberalismo (1968) como ideología del capitalismo y, sobre todo, a partir de la caída del Muro de Berlín (1989), el pensamiento crítico ingresó en una fase de decadencia y desuso. No solo fue incapaz de voltear la mirada hacia sí mismo para cuestionar sus fundamentos, sus cegueras y su razón de ser, sino que se encerró en una torre de cristal que lo distanció de los problemas

* Ensayo escrito entre el 13 y el 19 de diciembre de 2020. Una primera versión se difundió en distintos medios nacionales e internacionales.

** El autor es Sociólogo con un Posgrado en Historia del Pensamiento Económico y un Doctorado en Economía del Desarrollo; Investigador Asociado en el Proyecto Conacyt «Forjando a la universidad pública como agente de Desarrollo y transformación social: el caso Zacatecas», radicado en la Universidad Autónoma de Zacatecas; es también docente en la Universidad Nacional Autónoma de México y miembro del Sistema Nacional de Investigadores (Conacyt). Temas de especialización: estudios sobre el desarrollo, políticas públicas, funciones del Estado en el proceso económico, organismos internacionales, economía política internacional. Su último libro se titula *La gran reclusión y los vericuetos sociohistóricos del coronavirus: miedo, dispositivos de poder, tergiversación semántica y escenarios prospectivos*. Ponemos a disposición de los lectores la siguiente dirección electrónica para sostener un intercambio de ideas sobre el tema: isaacep@unam.mx

públicos cotidianos y del sentir y urgencias mismas del ciudadano de a pie. Y — más aún — el pensamiento crítico claudicó ante el velo seductor del capitalismo en su versión neoconservadora, y ello se engarzó con los mismos alcances del *colapso civilizatorio contemporáneo* (Enríquez Pérez, 2020c) y con la crisis de las utopías (Enríquez Pérez, 2020a).

No solo los intelectuales críticos sino también los mismos movimientos sociales, claudicaron en el despliegue de la imaginación y creatividad para pensar en escenarios alternativos de sociedad. En medio de *el paso implacable del huracán pandémico* — sea en la academia, el activismo o en la clase política identificada con el pensamiento crítico — sus principales representantes renunciaron a toda posibilidad de cuestionar y poner en tela de juicio la realidad y sus avatares. Una especie de lapidaria resignación teórica y política deambula en sus planteamientos. Evidenciando con ello que la más letal de las reclusiones no es la corporal — la del distanciamiento físico — en medio de la *construcción mediática del coronavirus* (Enríquez Pérez, 2020b) sino la *reclusión mental*, el *autismo intelectual* y el distanciamiento respecto a la *imaginación creadora* y la construcción de un nuevo lenguaje para comprender los problemas públicos más lacerantes.

La banalidad y el postureo son los principales adornos de una clase intelectual que se reivindica como progresista. Su vocación por desentrañar las causas profundas del *colapso civilizatorio contemporáneo* es obnubilada por los desatinos y desvaríos en el análisis; por una proclividad autocomplaciente para no desvelar el comportamiento estructural y sistémico de la realidad social y de sus contradicciones; así como por su ansiedad de privilegiar el idealismo, las *buenas intenciones* y el *deber ser* por encima del razonamiento sistemático orientado a desentrañar el sentido del mundo fenoménico. Esto es, el pensamiento crítico dejó de acercarse a la comprensión de las grandes tendencias de los problemas públicos contemporáneos y su engarce con procesos históricos de larga duración. El argumento fácil, barato y digerible

dirigido a auditorios desinformados y ávidos de entretenimiento es el principal referente de quienes se asumen como representantes del pensamiento crítico contemporáneo. El intelectual esloveno Slavoj Žižek, el filósofo italiano Giorgio Agamben, el periodista y semiótico Fernando Buen Abad Domínguez y el sociólogo argentino Atilio Borón son ejemplos de ello.

El abismo abierto por la pandemia defenestró al pensamiento crítico a medida que sus representantes son incapaces de comprender que la *crisis epidemiológica global* es resultado de la crisis de larga duración del capitalismo en tanto modo de producción y proceso civilizatorio, y que éste colapso se perpetuó —desde la década de los ochenta— con la entronización del *fundamentalismo de mercado*, el ataque frontal a la clase trabajadora, la subordinación de la producción a la especulación financiera, la acumulación por despojo a través del neo-extractivismo, y la contradictoria relación sociedad/naturaleza/proceso económico. Si no se comprende la lógica contradictoria del patrón de producción y consumo será difícil cuestionar los cimientos de las múltiples crisis contemporáneas, las cuales se engarzan con la pandemia.

Más aún, la *reclusión intelectual* de quienes se autodefinen como pensadores críticos lleva a obviar la creciente y densa conflictividad social y la génesis de ésta en las *desigualdades extremas globales*. Renunciaron a criticar la idea de progreso —y al desarrollo como su ideología sucedánea. Elevados en su pedestal clasista, etnocéntrico, patriarcal, postmoderno, caucásico y regido por intereses de grupo, estos intelectuales no solo perdieron el Norte —y sobre todo el Sur—, sino que en medio de su social-conformismo y autocomplacencia abonan a la *era de la postverdad*, a la misma *tergiversación semántica* y a la *confusión epocal*. Entonces se contribuye con todo ello a la falta de respuesta en torno a los problemas sociales fundamentales que laceran la cotidianidad de los ciudadanos y de sus colectividades.

La pandemia no hizo más que exacerbar las desigualdades y acelerar los múltiples colapsos que le precedieron, hasta erigir



lo que ya denominamos como *crisis sistémica y ecosocietal* de larga gestación y duración. Esta *crisis epidemiológica global* se presenta ante nuestros ojos atónitos como un maremágnum de acontecimientos entrelazados, como una totalidad o una red de sistemas complejos que conforman intrincados espirales en su comportamiento y dinámica. De ahí que —no por incapacidad intelectual— seamos erráticos y titubeantes en el ejercicio de aprehenderla y explicarla a cabalidad. Pero si en lugar de explicar, quienes recurrimos a la palabra pretendiésemos trivializar y entretener a las audiencias pasivas, abonamos al encubrimiento, invisibilización, silenciamiento y a la lapidación de la palabra promovidos desde el *consenso pandémico*.

Si la *crisis epidemiológica global* es resultado del *modelo de desarrollo distorsionado* que impera bajo la égida del hiperconsumismo, el *individualismo hedonista*, y el yugo de la crisis estructural y sistémica del capitalismo contemporáneo, entonces es urgente que el pensamiento crítico no pierda de vista esas tendencias y que (re)elabore sus discursos a partir de una actualización de la comprensión de las contradicciones sociales y de las nuevas desigualdades. Ello no solo es un imperativo estrictamente teórico, sino también uno referido a la praxis política y a la manera actualizada que se precisa para comprender y atender los problemas públicos contemporáneos y para orientar las decisiones públicas.

Una veta muy amplia —entre otras más— para comprender desde el pensamiento crítico las transformaciones del mundo contemporáneo que se aceleran con el *consenso pandémico* y el macro-experimento que ello entraña con miras a reconfigurar el patrón de acumulación y la dinámica del sistema mundial es la referida a lo que el Foro Económico Mundial (World Economic Forum) denomina como «*The great reset*» (*el gran reinicio*) (véase Schwab, 2020; World Economic Forum, 2020). Esta iniciativa o estrategia —que es parte de la agenda globalista y que sería pilotada por las grandes corporaciones de la *High Tech* y los

megabancos o fondos de inversión— se fundamenta en la noción de que la pandemia ofrece importantes oportunidades para reformar los negocios, las relaciones laborales, los sistemas educativos y la misma economía mundial. Con la excusa de la pandemia del covid-19, este llamado «gran reinicio» trata de una especie de reingeniería social apoyada en la agenda ambiental para acelerar cambios en el patrón energético y tecnológico y para profundizar lo que denominan como «cuarta revolución industrial» y la su-plantación —vía la robotización y los algoritmos— del ser humano en el campo laboral y en la toma de decisiones.

Por ello es relevante que el pensamiento crítico precise de la comprensión de las megatendencias de la economía mundial, de la política internacional, de la seguridad plantearía, de la institucionalidad global, y del Estado como macroestructura institucional. Lo cual supone reconocer la reconfiguración de las estructuras de poder, dominación y riqueza, y sus impactos en las instituciones, los derechos y las libertades. De ahí la relevancia de la noción de *transición hacia una sociedad de las vidas prescindibles*.

A su vez, es urgente que el pensamiento crítico desempeñe a cabalidad su papel para ventilar y refrescar el mundo de las ideas y el mundo de la toma de decisiones en la vida pública. Dos mundos concatenados más allá de lo que popularmente se cree con trivialidad al hacer una artificial división entre teoría y praxis, y que se realimentan esos mundos a través de las significaciones y el poder de la palabra. Sin conocimiento mínimamente certero y alejado del desvarío y la idealización será imposible incidir en el curso de los acontecimientos y en las concepciones y significaciones de quienes construyen las posibles soluciones e intervienen en la conducción y resolución de los problemas públicos.

El problema medular del pensamiento crítico consiste en su carente potencial para apostar a la construcción de nuevas significaciones que desentrañen la lógica y el sentido de la realidad social contemporánea. Sin esas significaciones se abre el camino a un *destierro autoimpuesto* que da paso a otros discursos cercanos



a la construcción del poder; entre ellos al propio de la postverdad. En el contexto histórico inédito de la pandemia, la universidad como organización productora de nuevos conocimientos es parte consustancial de estas tendencias (Enríquez Pérez, 2020b).

Si se omite la noción de que la pandemia es un dispositivo de control social que forma parte consustancial de un macro-experimento para reconfigurar al capitalismo y el despliegue de las hegemonías en el sistema mundial a la par de las pugnas geopolíticas y geoeconómicas que se tejen desde hace varios lustros, se pierde de vista el discurso belicista adoptado a lo largo del 2020 y del 2021 y la misma *inoperancia, postración y ausencias de los Estados*. Entonces, para comprender la pandemia es pertinente comprender —desde el pensamiento crítico— cómo funciona y tiende a transformarse el capitalismo y la manera en que ello se engarza con las transiciones en los patrones energéticos y tecnológicos, y con el mismo *avasallamiento sobre la clase trabajadora*. Este ejercicio de comprensión se extiende a la urgencia de erradicar el argumento falaz y el pensamiento parroquial que subyace en la idea de que la vacuna resolverá la crisis sistémica y estructural acelerada a lo largo del 2020, pues el coronavirus SARS-CoV-2 no es el trasfondo central del problema, sino que el principal nudo problemático se suscita en la forma contradictoria y asimétrica en que está organizada la vida humana en las sociedades contemporáneas y en el precipicio que se urde desde hace décadas con el *colapso civilizatorio*, del cual la pandemia es solo una expresión (Enríquez Pérez, 2020c).

Quienes se denominan representantes del pensamiento crítico no solo muestran desatinos en la interpretación del presente inmediato y en la *urgencia de pensar en tiempo real*, sino que se sustraen de la relevancia que tiene el pensamiento anticipatorio para vislumbrar los escenarios realistas y factibles que se abren en lo que ya se perfila como la *era postpandémica*. Ni qué decir de la resignación y el social-conformismo que invaden a la humanidad ante la incapacidad para desplegar el *pensamien-*

to utópico con miras a construir modelos alternativos de sociedad. Si el pensamiento crítico no logra desplegar ese potencial del *pensamiento utópico*, no solo no se alejarán los vientos de la resignación entre las élites políticas e intelectuales, sino que el mismo *consenso pandémico* y *la gran reclusión* terminarán por postrar la *imaginación creadora* ante el pasmo que impone el miedo y sus nuevas significaciones (Enríquez Pérez, 2020c) en medio de los rasgos inéditos de esta pandemia.

Referencias

Enríquez Pérez, Isaac (2020a), «El rapto de la praxis política ante el destierro del pensamiento utópico», en: *América Latina en Movimiento de la ALAI (Agencia Latinoamericana de Información)*, Quito (Ecuador), 20 de julio. Alojado en: <https://www.alainet.org/es/articulo/207983>

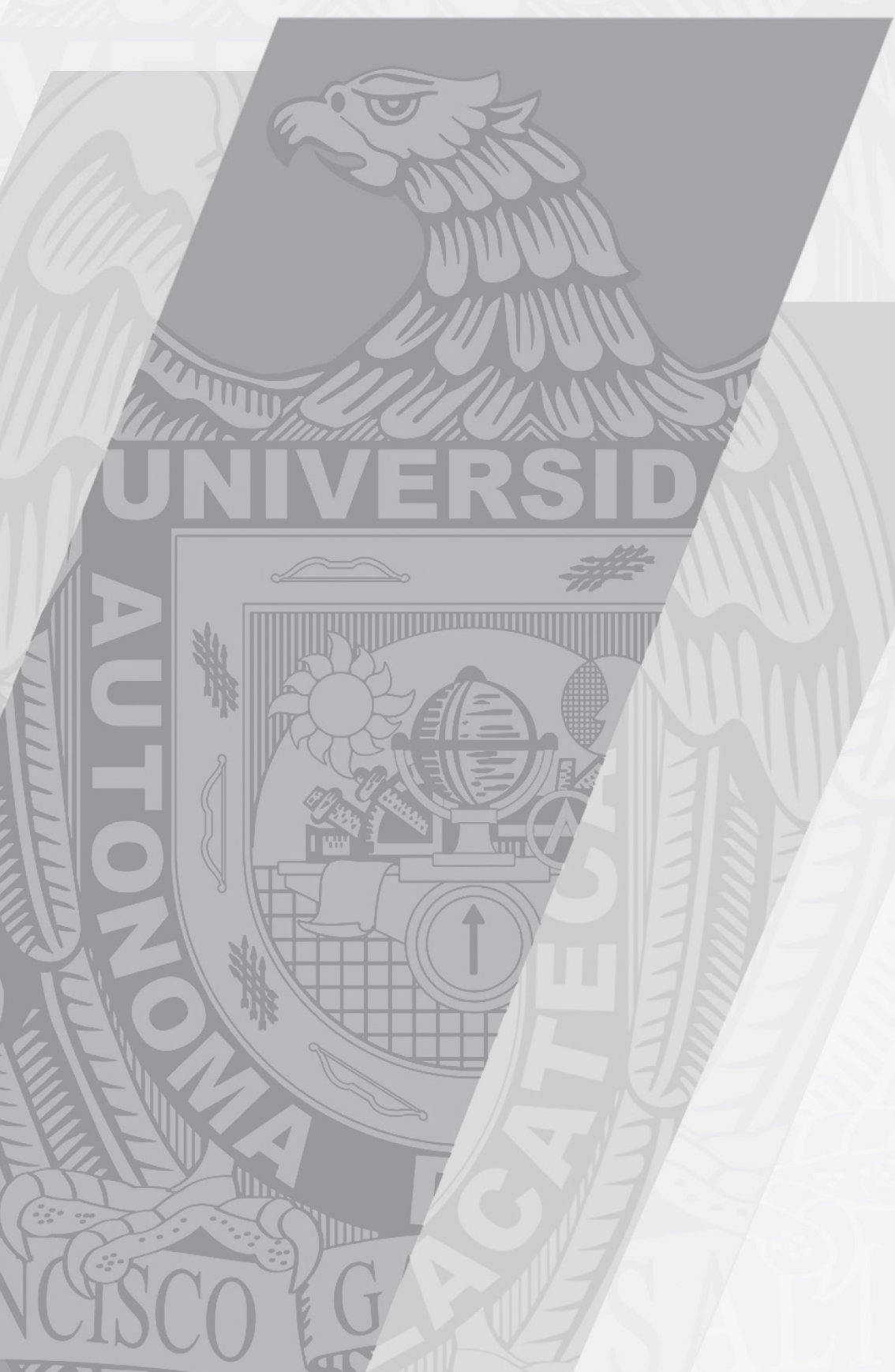
_____ (2020b), *La gran reclusión y los vericuetos sociohistóricos del coronavirus: miedo, dispositivos de poder, tergiversación semántica y escenarios prospectivos*, Buenos Aires (Argentina), Centro de Estudios en Estrategia y Políticas Públicas (CEEyPP), Primera Edición, septiembre, 305 pp.

_____ (2020c), *De la ilusión del progreso a la gran reclusión: colapso civilizatorio y extravío del futuro*, Buenos Aires, Centro de Estudios en Estrategia y Políticas Públicas (CEEyPP), Working Papers núm. 14, noviembre de 2020, 24 pp.

Schwab, Klaus (2020), *Now is the time for a 'great reset'*, Coligny, World Economic Forum, 3 june. Alojado en: <https://www.weforum.org/agenda/2020/06/now-is-the-time-for-a-great-reset/>

World Economic Forum (WEF) (2020), *The Great Reset*, Geneva, World Economic Forum. <https://www.weforum.org/great-reset>: portal dedicado a difundir análisis y estrategias relativas a la iniciativa de *El Gran Reinicio*.





VIII

Las utilidades y urgencias del pensamiento crítico en tiempos pandémicos*

Isaac Enríquez Pérez**

Los tiempos que corren son volátiles e inciertos. Dinamitados por acontecimientos que trastocan las formas en que las sociedades se acostumbraron a organizarse y a propiciar la vida cotidiana de los individuos. Las aparentes seguridades no solo tienden a desvanecerse, sino que se extinguen conforme la humanidad se adentra en el laberinto del caos y conforme se envuelve en el *colapso civilizatorio*. La pandemia del covid-19 no hizo más que acelerar esos cambios al expresar las magnitudes de la *crisis sistémica y ecosocietal* exacerbada con el *fundamentalismo de mercado* (Enríquez Pérez, 2020).

La emergencia de nuevos dispositivos autoritarios y cuasi totalitarios se disfraza —sin que se restablezca la legitimidad erosionada— con el discurso oficial, infundado y falaz de la democracia, los derechos humanos y los cuidados, y hacen del mercado el nuevo mecanismo de disciplinamiento de los cuerpos, las

* Ensayo escrito entre el 24 y el 30 de octubre de 2021. Una primera versión se difundió en distintos medios nacionales e internacionales.

** El autor es Sociólogo con un Posgrado en Historia del Pensamiento Económico y un Doctorado en Economía del Desarrollo; Investigador Asociado en el Proyecto Conacyt «Forjando a la universidad pública como agente de Desarrollo y transformación social: el caso Zacatecas», radicado en la Universidad Autónoma de Zacatecas; es también docente en la Universidad Nacional Autónoma de México y miembro del Sistema Nacional de Investigadores (Conacyt). Temas de especialización: estudios sobre el desarrollo, políticas públicas, funciones del Estado en el proceso económico, organismos internacionales, economía política internacional. Su último libro se titula *La gran reclusión y los vericuetos sociohistóricos del coronavirus: miedo, dispositivos de poder, tergiversación semántica y escenarios prospectivos*. Ponemos a disposición de los lectores la siguiente dirección electrónica para sostener un intercambio de ideas sobre el tema: isaacep@unam.mx

mentales, la conciencia y la intimidad. La misma violencia relacionada con el poder tendió a privatizarse y hasta en la construcción de significaciones e imaginarios se imponen esos poderes fácticos. Una especie de fascismo renovado que en el caso de los Estados Unidos se apoya en un complejo militar/industrial/digital, y desde allí se irradia —salvo en los casos de China y Rusia— hacia distintas escalas y territorios para apuntalar estructuras de poder, riqueza y dominación. La ampliación de los márgenes de manobra del *régimen ciberocrático global* (Enríquez Pérez, 2021b) es una expresión de esas disputas, y ello se acompaña de la *lapidación de la palabra* (Enríquez Pérez, 2021a) y de un sojuzgamiento de la praxis política.

La humanidad atraviesa por contradicciones y rupturas solo equiparables con los sismas del aparente interregno transcurrido entre 1918 y 1939 y con la reconfiguración económica y política derivada de la Segunda Gran Guerra. La *crisis epidemiológica global* y su consustancial *gran reclusión* no solo exacerbaron las desigualdades extremas, sino que profundizaron las tendencias conflictivas de las últimas cinco décadas y la relación de éstas con la crisis estructural del capitalismo y su proclividad al caos sistémico.

¿Cuál es la utilidad y el devenir del ejercicio del pensamiento crítico en este escenario signado por la incertidumbre y el extravío de las sociedades contemporáneas? Responder a este interrogante supone asumir que el pensamiento crítico no es exclusivo ni emana únicamente de las universidades. En estas organizaciones podría alcanzar un nivel de sistematización, sofisticación y proyección importante, pero la realidad es que está presente en múltiples actividades humanas y es posible desplegarlo desde distintos frentes como parte de una praxis dotada de *imaginación creadora*.

En principio, la magnitud de la *crisis sistémica y ecosocietal* y su carácter disruptivo supone reivindicar el despliegue del pensamiento crítico en las disputas por la construcción de las

significaciones; incluso más allá de las cortinas de humo y de la falsa polarización que caracteriza a las sociedades contemporáneas.

De ahí que la misma praxis política tenga que repensarse a sí misma en sus alcances y en la forma en que se despliega, pues desde ella no emanan las urgentes soluciones que demandan los *grandes problemas mundiales* (<https://bit.ly/3xBINRZ>). Ello, en buena medida, explica el colapso de legitimidad de los Estados y la pérdida de fe que embarga a los ciudadanos respecto a la política y quienes toman las decisiones públicas. La gran tragedia que experimenta esta praxis desde décadas previas es la privatización de sus atribuciones y alcances, así como la mutación del espacio público en un botín al cual expoliar desde la *racionalidad tecnocrática*. Entonces el ejercicio del pensamiento crítico es crucial para despojar a la política de esa falsa polarización pulsiva que socava el sentido de la palabra, defenestra la deliberación pública constructiva, y entroniza las emociones.

El proceso económico tal como es gestionado en los márgenes de un capitalismo expoliador, extractivista y rentista, tiene que cuestionarse —más allá de la falaz escasez— en sus fundamentos y desviaciones. La destrucción del medio natural se relaciona con un patrón de consumo altamente depredador del resto del reino animal. 80 000 millones de vacas, cerdos y pollos crecen y son torturados en criaderos o macrogranjas a través de hormonas que aceleran su crecimiento. Además, sus excrementos expelen butano, compuesto que está detrás de más de la mitad de gases de efecto invernadero que explican el calentamiento global. Esta modalidad de ganadería intensiva explica la emergencia de epidemias y la zoonosis que traslada virus y bacterias a las grandes regiones megalopolitanas. Ante ello, el pensamiento crítico tiene como urgencia hurgar en las causas profundas y últimas de estos fenómenos económicos depredadores y erradicar posturas como las del antropoceno que endilgan al conjunto de la humanidad el colapso climático que se padece. Si el pensamiento crítico no deconstruye la noción de que la ciencia se oriente a la irrestricta apropiación y



uso del medio natural, continuarán invisibilizándose y encubriéndose los rasgos del *capitaloceno* (Enríquez Pérez, 2020).

El terreno de la salud quizás es el que mayores fisuras evidencia con el actual *colapso pandémico*. La incapacidad y desbordamiento de los sistemas de salud en Europa y en el hemisferio americano se explica en gran medida por la austeridad fiscal y los recurrentes recortes que castigan la calidad y el carácter oportuno de los servicios sanitarios, así como la edificación de infraestructura básica y la contratación de nuevo personal en condiciones laborales estables y distantes de la precariedad laboral. Sin embargo, la dimensión que fue desnudada de manera más cruda por la pandemia es la referida al dislocamiento del ejercicio de la medicina con las causas profundas de las enfermedades contemporáneas. Esto es, se privilegió, en beneficio de los intereses creados del *Big Pharma*, una medicina curativa por encima de la medicina preventiva que tuviese como sustrato la medicina familiar y comunitaria. Bajo el imperativo de que un individuo curado o sano no es rentable, se apuntalaron sistemas sanitarios que gestionan la enfermedad y otorgan paliativos pasajeros. A su vez, se posicionó unilateralmente a la vacuna como la única solución para arrinconar al coronavirus SARS-CoV-2, y se desinformó sobre su carácter experimental y basado en vectores génicos. La incursión del pensamiento crítico en la praxis médica y en la salud pública quizás contribuya a asimilar que los seres humanos convivimos y co-evolucionamos con un sinnúmero de virus y bacterias como parte de los necesarios equilibrios ecológicos y que los organismos humanos tienden a adaptarse de manera intrínseca a los desafíos orgánicos que estos agentes patógenos infringen.

Los *mass media* —y las mismas redes sociodigitales— y la *industria mediática de la mentira* que les es consustancial se erigieron en los dispositivos idóneos para la irradiación del miedo y para instaurar discursos de pánico que multiplicaron los riesgos y la vulnerabilidad de los sistemas inmunitarios de los organismos humanos. La incursión del pensamiento crítico precisa

orientarse a reivindicar y reinventar el periodismo de investigación y a despojar de los intereses creados a este oficio en el ánimo de reposicionar a la palabra, el disenso y las múltiples posturas respecto a los problemas públicos. Si en los *mass media* se libra la batalla más intensa en torno a la irradiación del pensamiento hegemónico y la construcción de las significaciones y los imaginarios colectivos, las dosis del pensamiento crítico necesitan ventilar esos territorios en disputa para alejarnos de la *construcción mediática del coronavirus* (Enríquez Pérez, 2020) y del mismo *consenso pandémico*.

En este tenor, la universidad juega un papel crucial en la construcción, revitalización y proyección del pensamiento crítico. Pero para desplegar plenamente esa función de cara a la emergencia de la *era postpandémica* las universidades precisan reinventarse y adoptar para sí el pensamiento crítico en aras de cuestionarse a sí mismas en sus funciones, alcances y limitaciones. El pensamiento hegemónico, el *fundamentalismo de mercado* y la *racionalidad tecnocrática* se instalaron en las universidades como mantras incuestionables que se fundamentan en el *individualismo hedonista* (Enríquez Pérez, 2021c) y ello devino en la postración de estas organizaciones y en el *retiro autoimpuesto de la academia* respecto a los *grandes problemas mundiales y locales*. De ahí la urgencia de que el pensamiento crítico se erija en un alfil para que la universidad sea (re)pensada desde adentro, reformada en sus prácticas académicas y en sus teorías, y despojada de los intereses creados.

En suma, sin el ejercicio sistemático del pensamiento crítico en distintos frentes y escenarios, la humanidad pavimenta su camino directo a la involución y torna cualquier progreso en cadenas que oprimen a las sociedades hasta conducir las a la inanición. Si el pensamiento crítico no enfatiza en la emergencia de las nuevas desigualdades y conflictividades atizadas al calor de la pandemia, su utilidad será infructuosa y se cerrarían senderos que sean iluminados por su luz y perspectiva constructiva.



Referencias

Enríquez Pérez, Isaac (2020), *La gran reclusión y los vericuetos sociohistóricos del coronavirus: miedo, dispositivos de poder, tergiversación semántica y escenarios prospectivos*, Buenos Aires (Argentina), Centro de Estudios en Estrategia y Políticas Públicas (CEEyPP), Primera Edición, septiembre, 305 pp.

_____ (2021a), «La lapidación de la palabra en la vida pública», en: *América Latina en Movimiento de la ALAI (Agencia Latinoamericana de Información)*, Quito (Ecuador), 19 de enero. Alojado en: <https://www.alainet.org/es/articulo/210588>

_____ (2021b), «Los riesgos de un régimen ciberocrático global: las redes sociodigitales como territorio de disputa en la construcción de significaciones», en *La Jiribilla. Revista de Cultura Cubana*, La Habana (Cuba), Jiribilla Publicaciones, volumen 21, núm. 885, pp. 138-149.

_____ (2021c), «El triunfo incuestionable del individualismo hedonista», en: *América Latina en Movimiento de la ALAI (Agencia Latinoamericana de Información)*, Quito (Ecuador), 11 de marzo. Alojado en: <https://www.alainet.org/es/articulo/211338>

IX

El colapso pandémico y «lo que la ciencia se llevó»*

Isaac Enríquez Pérez**

La llamada ciencia moderna, en sus orígenes allá por los siglos XVII y XVIII, fue un discurso que desterró los oscurantismos de la Europa medieval y el poder terrenal del fanatismo religioso. A su vez, tal como lo aventuró Francis Bacon, la ciencia sería el dispositivo privilegiado para la apropiación, control y dominio sobre la naturaleza. Una perspectiva que ahora sería cuestionada por la contradictoria y destructiva relación naturaleza/sociedad/proceso económico. A su vez, conforme se afianzó el pensamiento científico y se adoptó a plenitud una metodología empirista fortalecida con el lenguaje matemático, se abrió la posibilidad de encaminar a las sociedades por el sendero de las certezas. La ciencia no solo orientó sus esfuerzos a comprender el sentido de la relación entre la humanidad y la naturaleza, sino también a intervenir en los desafíos y riesgos que enfrentan las sociedades humanas conforme se acentuaron las contradicciones del naciente capitalismo.

67



* Ensayo escrito entre el 9 y el 18 de enero de 2022. Una primera versión se difundió en distintos medios nacionales e internacionales.

** El autor es Sociólogo con un Posgrado en Historia del Pensamiento Económico y un Doctorado en Economía del Desarrollo; Investigador Asociado en el Proyecto Conacyt «Forjando a la universidad pública como agente de Desarrollo y transformación social: el caso Zacatecas», radicado en la Universidad Autónoma de Zacatecas; es también docente en la Universidad Nacional Autónoma de México y miembro del Sistema Nacional de Investigadores (Conacyt). Temas de especialización: estudios sobre el desarrollo, políticas públicas, funciones del Estado en el proceso económico, organismos internacionales, economía política internacional. Su último libro se titula *La gran reclusión y los vericuetos sociohistóricos del coronavirus: miedo, dispositivos de poder, tergiversación semántica y escenarios prospectivos*. Ponemos a disposición de los lectores la siguiente dirección electrónica para sostener un intercambio de ideas sobre el tema: isaacep@unam.mx

A medida que maduró el pensamiento científico, se instauró un discurso distante de la creencia en los alcances de un ser todopoderoso. La razón científica comenzó a suplantar a las deidades y se abrió paso a la construcción de convicciones a través de la contrastación empírica y el valor de los hechos. Se habló entonces de la relevancia de la facticidad, la validez y la veracidad, por oposición a las causas últimas fundamentadas en la obra y gracia de un ser divino. Ello representó un cambio civilizatorio de grandes magnitudes que conformó el andamiaje simbólico de la llamada modernidad europea. Entonces la ciencia adquirió un estatus de autoridad y reforzó el apetito del capitalismo para dotarse de mínimas seguridades en los procesos de acumulación y en el disciplinamiento de la fuerza de trabajo. Así fue como a lo largo del siglo XX y principios del siglo XXI el científico fue revestido de esa autoridad, poder y legitimidad para opinar e intervenir en cualquier amenaza o problema público que se suscita y que pone en predicamento la viabilidad y existencia misma de la humanidad.

Sin embargo, la trayectoria histórica del discurso científico no estuvo exenta de las relaciones de poder, la corrupción y el sometimiento a la lógica del afán de lucro y ganancia que reina en el mercado. Y ello se extiende hasta la actualidad conforme la praxis científica es raptada por los intereses creados y el conocimiento sistematizado tiende a vaciarse de sentido y de significación histórica. Entonces adquiere forma la *ideología del científicismo* que acompaña a la irradiación y expansión de la *racionalidad tecnocrática*.

La pandemia del covid-19 desnudó este nuevo rapto de la razón científica por parte de esos intereses creados —públicos y/o privados— (Enríquez Pérez, 2021a) y se convirtió a la ciencia en una fuente más de incertidumbre al tergiversarse su sentido y su palabra.

El *consenso pandémico* y la *construcción mediática del coronavirus* (Enríquez Pérez, 2020a) se sostiene en argumentos

endebles que por sí solos no soportan la contrastación empírica, sino que se apoyan en la *ideología del higienismo*, en el catastrofismo y en el supuesto de que el miedo y la muerte son causados por un «enemigo invisible» que, por sí solo, devasta la economía mundial y la lógica de lo que fue la sociedad pre-pandémica. Ese discurso aprovecha la vulnerabilidad humana y la pérdida de sentido en la vida de amplios contingentes de individuos atomizados y carentes de confianza en «el otro». Como solución ante este escenario de «guerra» y «estado de sitio» en las sociedades, el *confinamiento global* se instauró como primera opción de política pública a escala planetaria. Del mismo modo, se difunde la idea de que las vacunas, cual antídoto mágico, son la única posibilidad para vencer a ese «enemigo invisible». Oficialmente este discurso se difundió en nombre de la razón científica, y no pocos científicos son obsequiosos en fortalecerlo y legitimarlo.

Sin embargo, el discurso está preñado de contradicciones y de argumentos infundados que no se sostienen salvo porque quienes los difunden masivamente ostentan el poder. Entonces se ingresó al territorio de la biopolítica y se trivializó la razón científica. En todo momento, el *consenso pandémico* invisibilizó las causas profundas de la *crisis epidemiológica global* y premeditadamente la ignoró como un *hecho social total* que se entrevera con una *crisis sistémica y ecosocietal* de amplias magnitudes y con un cambio de ciclo histórico (para mayores detalles véase Enríquez Pérez, 2020a) que con mucho trasciende lo estrictamente sanitario.

Para instaurar dicho *consenso pandémico* se apostó a suprimir toda posibilidad de disenso y a ningunear y descalificar a quienes aportasen argumentos alternativos. Más allá de que consideremos o no a esos argumentos como verídicos o válidos, importa hacer notar que a esas voces se les silenció no por procedimiento y mero rigor científico abierto a la deliberación, sino por oficio mediático y descalificación (bio)política que redujo sus posturas a una ideología conspiracionista. El problema radica en



que no se promovió ni se abrió un amplio debate entre las comunidades académicas en torno a argumentos como los expuestos a continuación en el presente ensayo, sino que en automático se les censuró.

Por ejemplo: un Premio Nobel de Medicina como Luc Antoine Montagnier (Redacción de El Comercio, 2020), y otros especialistas como el biomatemático Jean-Claude Perez, los científicos noruegos Birger Sørensen y Andres Susrud y el oncólogo británico Angus Dalgleish, al mostrar estudios en los cuales concluyen que el coronavirus SARS-CoV-2 es una creación humana tras su manipulación en laboratorio —una especie de «virus quimérico», señalan estos últimos tres especialistas— (Sørensen, Dalgleish & Susrud, 2020; Fridstrøm, 2020; Boswell, 2021), despertaron la polémica internacional y cesó la difusión masiva de sus ideas. El mismo Luc Montagnier lanzó el argumento —también polémico y censurado por los *mass media* al considerarse fraudulento— de que «la vacunación es la que está creando las nuevas variantes del coronavirus» (Planetes360, 2021). El también Premio Nobel de Medicina 2018, Tasuku Honjo, cuestiona medidas como el llamado «pasaporte sanitario» que por sí mismo no garantiza la inmunidad de los organismos; al tiempo que abogó por usar tratamientos anticovid-19 con medicamentos que probaron eficacia ante otros virus. Por su parte, el Premio Nobel de Química 2012 Michael Levitt cuestionó las medidas de confinamiento y los efectos negativos que podrían derivarse de ellas. El doctor Robert Malone —estudioso eminente sobre el ARN mensajero e inventor de la tecnología genética aplicada a vacunas—, a su vez, cuestionó los probables riesgos irreversibles que podría tener el vacunar a los niños (Talegón, 2021), y también se expuso a ser catalogado de difundir información falsa (Asociación Española de Pediatría, 2021). Ni que decir del doctor Peter McCullough —especialista en medicina interna, cardiología y epidemiología—, que pretende con su equipo de trabajo desmontar la narrativa oficial del coronavirus al señalar que es posible tratar el covid-19 con trata-

mientos caseros y con medicamentos disponibles (McCullough, Peter A. *et al.*, 2020; McCullough, Peter A. and Lee Vliet, 2020; McCullough, Peter A. *et al.*, 2021), al tiempo que también cuestiona —desde su perspectiva— a las vacunas (McCullough, 2021).

El nudo problemático se relaciona con la construcción de significaciones y de narrativas respecto a un fenómeno como el de la pandemia, pero también tiene como trasfondo la credibilidad y legitimidad del discurso científico. Lo que entre otras cosas evidencia el *colapso pandémico* es la pérdida de la fe en la ciencia como entramado simbólico que construye sentido y como *ethos* de las sociedades contemporáneas. Situación que es una arista más del *colapso civilizatorio* reciente. Quizás la polarización que despiertan las vacunas (Enríquez Pérez, 2021c) en múltiples países sea solo un botón de muestra de ese agotamiento de la credibilidad de la *Big Science*.

Entonces las disputas en torno a la construcción de significaciones confronta a la ciencia con la tendenciosidad ideológica consustancial a toda praxis científica y a la divulgación masiva de sus resultados. Aquí surgen dos condicionantes a saber: por un lado, ninguna praxis científica —por más neopositivismo y formalización matemática que se esgriman— está exenta de supuestos ideológicos, éticos y normativos portados por el sujeto investigador, y ello le hace observar unas dimensiones de la realidad y no otras. Por otro, la praxis científica está sujeta y se rige por relaciones de poder que condicionan sus resultados y la difusión de los mismos. Si a eso agregamos que en los procesos de toma de decisiones públicas o privadas orientadas a atender problemáticas concretas, se corre el riesgo de incidir en la *tergiversación semántica*, entonces se abren amplios resquicios para la masificación de noticias falsas (*fake news*).

A esas noticias falsas contribuyen también los acelerados cambios en la difusión del trabajo científico en tiempos de la pandemia, tal como ocurre con la laxitud en los rigores de las revistas científicas para difundir artículos especializados en formato pre-



print (preimpresión) sin sujetarlos a dictámenes o al peer review (revisión por pares) por parte de especialistas competentes. A esa *fast science* le siguió una crisis de credibilidad tras posicionarse en la opinión pública resultados de investigación sin contrastar e inducidos por la premura y la urgencia impuestas por la pandemia.

El trabajo científico requiere tiempo y paciencia para emprender la construcción de evidencias, la contrastación empírica y la confrontación de investigaciones contradictorias y con posturas teóricas diversas. El progreso en las ciencias básicas se gesta conforme se realizan experimentos para acercarse a la comprensión de mundo fenoménico, y a partir de ello se tratan las diferencias y se dirimen las disputas en *working papers*, seminarios, congresos y demás cuerpos colegiados, hasta construir consensos y formular conocimientos válidos y dotados de validez y veracidad. En ello juega un papel crucial el ejercicio de la duda razonada.

72

El problema no es que existan resultados de investigación o argumentos distantes, contradictorios y sujetos a ser desmentidos —en buena medida así opera la praxis científica en múltiples de sus disciplinas—, sino que las dificultades se presentan cuando esos estudios preliminares y difundidos con premura se instauran en la opinión pública y en la agenda pública y delinean comportamientos y cursos de acción sin apegar sus directrices al rigor metodológico y al escrutinio y deliberación propias de las comunidades científicas. Los intereses creados son capaces de tomar los resultados científicos como curas o soluciones milagrosas a problemas que demandan respuestas, y es allí donde se presenta la posibilidad de difundir mentiras o medias verdades.

Más todavía: las ciencias no tienen el monopolio en la construcción de conocimientos válidos y verdaderos. Con el Internet y las redes sociodigitales el trabajo científico se expone a la trivialización de la palabra, al negacionismo y a la subcultura del «like» y de los seguidores promovida por charlatanes que se atreven a asegurar que «la tierra es plana» y que «los extraterrestres

descenderán de una nave supersónica». El *mundo postfactual* no requiere de la contrastación empírica ni de argumentos o evidencias provenientes de la experimentación o de la comparabilidad histórica, sino de la repetición y de la «viralización» obsequiada por los fanáticos deseosos de información digerida y que incentiva sus emociones pulsivas.

Otro aspecto relacionado con la organización de la praxis científica es el relacionado con el hecho constatable de que amplios contingentes de científicos se convierten en productores de bienes y servicios, y entonces no es trascendente pensar y analizar en torno a las causas profundas de los fenómenos, sino arrojar resultados patentables que tengan una utilidad comercial o, en el más precario de los casos, que arroje puntajes para ser merecedor de estímulos económicos en no pocas universidades. Se privilegia el *saber hacer* por encima de la *praxis del conocer*. Entonces, se omite el por qué de los fenómenos y se reemplaza por el para qué y el cuánto. La ciencia se impregna de una lógica consumista regida por el mercantilismo, la moda pasajera, el productivismo y la *ilusión de la meritocracia*.

Las corporaciones farmacéuticas difundieron la idea de que el antígeno sería entre un 90 y un 95% eficaz y efectivo para «combatir» el coronavirus SARS-COV-2 y sus distintas variantes. Sin embargo, no se difundió que se trata de vacunas experimentales y génicas —con vectores virales o ARN mensajero— en su mayoría, y que la eficacia y efectividad de varias de ellas —tal como lo evidenció el Instituto Robert Koch, encargado de asesorar al gobierno alemán en materia epidemiológica— es incierta y más ante las nuevas variantes del virus (Hawkins, 2021). Esta situación no solo supone problemáticas relacionadas con el rigor científico y la incidencia de la incertidumbre, sino con las dimensiones éticas de esta praxis cuando los argumentos llegan a la *plaza pública*.

Así como en este tema, la *Big Science* evidenció el carácter endeble de sus argumentos ante un virus aún desconocido, y



contribuyó a acelerar el *vértigo de la incertidumbre*. Lo mismo en las opiniones encontradas respecto al uso de la mascarilla o a la conveniencia o no de medicamentos inventados y patentados con anterioridad y que podrían emplearse en tratamientos anti-covid-19, la ciencia abona a la confusión y a la falta de respuestas en medio del *colapso pandémico*. Los modelos matemáticos y simulaciones del Imperial College London planteados por el equipo de trabajo del doctor Neil M. Ferguson respecto a las estimaciones de brotes masivos de covid-19 y al número de muertes por esta enfermedad —510 000 defunciones para el Reino Unido y 2.2 millones en los Estados Unidos— en caso de que no se adoptasen medidas como los confinamientos (Ferguson, Neil M. *et al.*, 2020; AFP, 2020) contribuyeron a la confusión y a tomar decisiones públicas precipitadas hasta generar alarma y caos en el mundo. O la «aprobación o autorización de emergencia» de vacunas y medicamentos. O que en un principio de las campañas de vacunación se dijo que no se necesitarían dosis de refuerzo de las vacunas y que ahora sí es preciso aplicarlas (Barda, Dagan, Cohen, Hernán, Lipsitch, Kohane, Reis and Balicer, 2021). O los estudios de científicos franceses que afirmaron respecto al poder de la nicotina para detener al nuevo coronavirus (Redacción de El Periódico, 2020). O las contradicciones respecto a la aplicación o no de vacunas en mujeres embarazadas (Mandavilli y Rabin, 2021). O asegurar que los murciélagos o los pangolines son el origen del coronavirus SARS-CoV-2 (Zhou, Yang, Wang *et al.*, 2020; Enríquez Pérez, 2021b). O los falsos positivos y los falsos negativos de las pruebas PCR (Chossudovsky, 2022). Son todos ellos ejemplos del irresponsable manejo del discurso científico y del rapto al cual fue sometida la razón científica en medio de la pandemia.

Es un hecho que ante la celeridad en el incremento de contagios y muertes desde finales del año 2019, las sociedades se mostraron ávidas de respuestas proporcionadas por la ciencia. Y ante esa urgencia los científicos, con o sin las condiciones laborales y los suficientes rigores académicos, con o sin errores en sus

resultados, no pudieron eludir las preguntas y señalar que ignoraban los fenómenos que tenían ante sí. Entonces pretendieron construir respuestas a las preguntas que impone la pandemia, no sin exponerse al carácter errático de sus argumentos y a la falta de contundencia. El problema de una *ciencia con atajos y bajo presión* son las prisas y el llegar a resultados que no son del todo seguros tras no comprobarse lo suficiente y someterse a la amplia deliberación de las comunidades científicas. El trabajo científico es lento por su propia naturaleza, y no solo con la simple inversión y financiamiento es factible acelerar sus procesos.

Una de las grandes limitaciones de las ciencias y las humanidades es la incapacidad de las comunidades académicas para ser más incisivos y contundentes en la construcción de escenarios prospectivos donde se vislumbra la aparición de *crisis epidemiológicas globales* y sus dimensiones sistémicas. La otra limitación es la incapacidad para superar el estudio unidisciplinar o multidisciplinar de la pandemia. Se imponen las miradas parceladas o compartimentalizadas que no abordan a la pandemia como un *hecho social total* (Enríquez Pérez, 2020a) que precisa de investigaciones interdisciplinarias para su más acabada comprensión. A todo esto se suma la incapacidad de los consensos académicos para asimilar las expresiones del pensamiento crítico. Pendiente estará responder si se resuelve la tensión entre la urgencia y el rigor científico en medio de condiciones signadas por información incompleta e imprecisa.

Salir de esta *dictadura del científicismo* solo será posible si se reivindica el ejercicio del pensamiento crítico (Enríquez Pérez, 2020b y 2022) en la misma ciencia para que se cuestione en sus fundamentos y prácticas, y si ésta se mantiene al margen de los intereses creados. A la *Big Science* es preciso anteponer las *ciencias críticas* y el potencial creador de éstas para plantear preguntas, brindar respuestas y participar en debates colectivos plurales en el contexto de un mundo incierto. Las universidades tienen mucho que decir al respecto, pero para ello necesitan refundarse,



replantear sus funciones, superar la compartimentalización del trabajo científico y apostar por la investigación interdisciplinaria y el diálogo creativo entre distintos campos del conocimiento (Enríquez Pérez, 2021d). Que la ciencia sea capaz de voltear la mirada sobre sí misma, sus prácticas, limitaciones y sus vicios sería una de las grandes enseñanzas de este *colapso pandémico*.

Referencias

AFP (2020), «Las estimaciones iniciales de la mortalidad de la covid-19, en el ojo del huracán», en: *France 24*, París, 9 de junio. Alojado en: <https://www.france24.com/es/20200609-las-estimaciones-iniciales-de-la-mortalidad-de-la-covid-19-en-el-ojo-del-hurac%C3%A1n>

Asociación Española de Pediatría (2021) «¿Quién es Robert Malone y por qué difunde información falsa sobre las vacunas de ARNm», Madrid, Comité Asesor de Vacunas de la Asociación Española de Pediatría, 17 de diciembre. Alojado en: <https://vacunasaep.org/profesionales/noticias/quien-es-robert-malone-y-por-que-difunde-informacion-falsa-sobre-las-vacunas-de-arnm>

Barda, Noam, Noa Dagan, Cyrille Cohen, Miguel A. Hernán, Marc Lipsitch, Isaac S. Kohane, Ben Y. Reis and Ran D. Balicer (2021), «Effectiveness of a third dose of the BNT162b2 mRNA covid-19 vaccine for preventing severe outcomes in Israel: an observational study», in: *The Lancet*, Vol. 398, Issue 10316, December 4, pp. 2093-2100. In: [https://doi.org/10.1016/S0140-6736\(21\)02249-2](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(21)02249-2)

Boswell, Josh (2021), «Exclusive: covid-19 ‘has no credible natural ancestor’ and WAS created by Chinese scientists who then tried to cover their tracks with ‘retro-engineering’ to make it seem like it naturally arose from bats, explosive new study claims», in: *Daily Mail*, London, 28 may. In: <https://www.dailymail.co.uk/news/article-9629563/Chinese-scientists->

created-covid-19-lab-tried-cover-tracks-new-study-claims.html

Chossudovsky, Michel (2022), «Fake science, invalid data: There is no such thing as a «Confirmed covid-19 case». There is no pandemic», in: *Global Research*, Ottawa, Centre for Research on Globalization, January 10. In: <https://www.globalresearch.ca/fake-science-invalid-data-there-is-no-such-thing-as-a-confirmed-covid-19-case-there-is-no-pandemic/5761960>

Enríquez Pérez, Isaac (2020a), *La gran reclusión y los vericuetos sociohistóricos del coronavirus: miedo, dispositivos de poder, tergiversación semántica y escenarios prospectivos*, Buenos Aires (Argentina), Centro de Estudios en Estrategia y Políticas Públicas (CEEYPP), Primera Edición, septiembre, 305 pp.

_____ (2020b), «El extravío del pensamiento crítico ante el huracán de la pandemia», en: *América Latina en Movimiento de la ALAI (Agencia Latinoamericana de Información)*, Quito (Ecuador), 28 de diciembre. Alojado en: <https://www.alainet.org/es/articulo/210329>

_____ (2021a), «Las ciencias ante el paso implacable del huracán pandémico», en: *América Latina en Movimiento de la ALAI (Agencia Latinoamericana de Información)*, Quito (Ecuador), 9 de febrero. Alojado en: <https://www.alainet.org/es/articulo/210889>

_____ (2021b), «La pandemia y los murciélagos que ‘aceleraron’ el colapso civilizatorio», en: *América Latina en Movimiento de la ALAI (Agencia Latinoamericana de Información)*, Quito (Ecuador), 6 de agosto. Alojado en: <https://www.alainet.org/es/articulo/213361>

_____ (2021c), «Resistencias en la pandemia y desconfianza en las vacunas», en: *La Opinión De...*, Ciudad de México, 28 de noviembre. Alojado en: <https://laopinion.de/2021/11/28/resistencias-en-la-pandemia-y-desconfianza-en-las-vacunas/>

_____ (2021d), «Los derroteros de la universidad en la emergencia de la era postpandémica: la investigación interdisciplinaria y el pensamiento crítico como posibilidades de las juventudes», Conferencia presentada en el *Segundo Congreso Nacional Intervención de las Juventudes en los Tópicos Multidisciplinarios*, organizado por la Red Mexicana de Jóvenes por la Investigación, 20 y al 23 de diciembre.

_____ (2022), «Las utilidades y urgencias del pensamiento crítico en tiempos pandémicos», en: *América Latina en Movimiento de la ALAI (Agencia Latinoamericana de Información)*, Quito (Ecuador), 24 de enero. Alojado en: <https://www.alainet.org/es/articulo/214775>

Ferguson, Neil M. *et al.* (2020), «Report 9: Impact of non-pharmaceutical interventions (NPIs) to reduce covid-19 mortality and healthcare demand», in: *Imperial College covid-19 Response Team*, London, Imperial College, 16 march. In: <https://doi.org/10.25561/77482>

Fridstrøm, Aksel (2020), «The evidence which suggests that this is no naturally evolved virus», in: *Minerva*, Oslo, July 13th. In: <https://www.minervanett.no/angus-dalgleish-birger-sorensen-coronavirus/the-evidence-which-suggests-that-this-is-no-naturally-evolved-virus/362529>

Hawkins, Melissa (2021), «How effective are vaccines against omicron? An epidemiologist answers 6 questions», in: *The Conversation*, Melbourne, December 15. In: <https://theconversation.com/how-effective-are-vaccines-against-omicron-an-epidemiologist-answers-6-questions-173554>

Mandavilli, Apoorva y Roni Caryn Rabin (2021), «¿Las mujeres embarazadas deben vacunarse contra el coronavirus?», en: *The New York Times*, New York, 2 de febrero. Alojado en: <https://www.nytimes.com/es/2021/02/02/espanol/embarazo-vacuna-covid.html>

McCullough, Peter A. (2021), «Joe Rogan Interview with Peter McCullough Video [Full Episode]», in: *Covid Vaccine Side*



- Effects & Information*, December 18. In: <https://covidvaccinesideeffects.com/joe-rogan-interview-with-dr-peter-mc-cullough-video-full-episode/>
- McCullough, Peter A. and Elizabeth Lee Vliet (2020), *Guide to covid early treatment. Options to stay out of hospital and save your live!*, United States, Truth For Health Foundation, 20 pp.
- McCullough, Peter A. *et al.* (2020), «Multifaceted highly targeted sequential multidrug treatment of early ambulatory high-risk SARS-CoV-2 infection (covid-19)», in: *Reviews in Cardiovascular Medicine*, IMR Press, vol. 21, Issue 4, pp. 517-530. In: <https://imrpress.com/journal/RCM/21/4/10.31083/j.rcm.2020.04.264>
- _____ (2021), «Pathophysiological basis and rationale for early outpatient treatment of SARS-CoV-2 (covid-19) infection», in: *The American Journal of Medicine*, Volume 134, Issue 1, P. 16-22, January 1. In: <https://doi.org/10.1016/j.amjmed.2020.07.003>
- Planetes360 (2021), «Pr Luc Montagnier : ‘Les variants viennent des vaccinations’», en: *Planetes360*, Paris. En : <https://planetes360.fr/pr-luc-montagnier-les-variants-viennent-des-vaccinations/>
- Redacción de El Comercio (2020), «Virólogo que descubrió el VIH dice que el covid-19 habría sido ‘creado en un laboratorio’», en diario *El Comercio*, Quito (Ecuador), 27 de abril. Alojado en: <https://www.elcomercio.com/tendencias/ciencia/nobel-montagnier-hipotesis-origen-coronavirus.html>
- Redacción de El Periódico (2020), «Científicos franceses comprueban si la nicotina frena al coronavirus», en diario *El Periódico*, Barcelona, 22 de abril. Alojado en: <https://www.elperiodico.com/es/sociedad/20200422/cientificos-franceses-comprueban-nicotina-frena-coronavirus-7937351>
- Sørensen, Birger, Angus Dalglish & Andres Susrud (2020), «The evidence which suggests that this is no naturally evolved virus. A reconstructed historical aetiology of the SARS-CoV-2



- spike», in: *Minerva*, Oslo, July. In: <https://www.minervanett.no/files/2020/07/13/TheEvidenceNoNaturalEvol.pdf>
- Talegón, Beatriz (2021), «El doctor Robert Malone, pionero en el desarrollo del ARNm mensajero lanza un comunicado para las familias ante la vacunación de los menores alertando de sus graves riesgos», en: *Diario16. El diario de la segunda transición*, Sevilla, 15 de diciembre. Alojado en: <https://diario16.com/el-doctor-robert-malon-pionero-en-el-desarrollo-del-arnmensajero-lanza-un-comunicado-para-las-familias-ante-la-vacunacion-de-los-menores-alertando-de-sus-graves-riesgos/>
- Zhou, Peng, Yang, Xing Lou, Wang, Xiang Guang *et al.* (2020), «A pneumonia outbreak associated with a new coronavirus of probable bat origin», in: *Nature*, number 579, February, pages 270–273. In: <https://doi.org/10.1038/s41586-020-2012-7>